

«MATAR AL INDIO Y SALVAR AL HOMBRE». GENOCIDIO. SIGNIFICADO, ALCANCE Y APLICABILIDAD DEL TÉRMINO

XABIER IRUJO
University of Nevada, Reno

RESUMEN

Raphael Lemkin acuñó el término «genocidio» en su obra El dominio del Eje en la Europa ocupada, publicado en 1944. Tal como lo concibió Lemkin, el genocidio es un plan coordinado compuesto por diferentes acciones destinadas a hacer desaparecer los fundamentos esenciales de grupos nacionales. El objetivo de dicho plan es eliminar el patrón nacional de uno o varios grupos humanos, lo cual a su vez significa la descomposición de las instituciones políticas y sociales, la cultura, la lengua, los sentimientos nacionales, la religión y la existencia económica de dichos grupos, así como destruir la seguridad personal, la libertad, la salud, la dignidad e incluso la vida de las personas pertenecientes a esos grupos por el simple hecho de formar parte de ellos. El caso de los nativos americanos es un ejemplo arquetípico de destrucción del patrón nacional de una nación, y las «políticas de reeducación» son una constante que se repite en muy variados casos de genocidio.

Fecha de entrega: 30 de julio de 2020

Fecha de aceptación: 22 de diciembre de 2020

Palabras clave: *genocidio, comunidad humana, patrón nacional, represión, transgresión de derechos humanos, Raphael Lemkin.*

ABSTRACT

*Raphael Lemkin coined the term «genocide» in his work *The Axis Rule in Occupied Europe*, published in 1944. As Lemkin conceived it, genocide is a coordinated plan made up of different actions aimed at destroying the essential foundations of national groups. The purpose of such a plan is the destruction of the national pattern of one or several human groups, which in turn means the decomposition of their political and social institutions, culture, language, national symbols, religions, and economic existence. These plans also often entail the destruction of personal security, freedom, health, dignity, and even the life of the people who are part of those groups for no other reason than simply belonging to them. The case of the Native Americans is an archetypal example of the destruction of a nation's national pattern, and «re-education policies» are frequent in many different cases of genocide.*

Keywords: *genocide, human communities, national pattern, repression, violation of human rights, Raphael Lemkin.*

XABIER IRUJO

Xabier Irujo es director del Centro de Estudios Vascos de la Universidad de Nevada, Reno, donde es profesor de estudios de genocidio. El autor ha sido el primer Guest Research Scholar del Manuel Irujo Chair Fellowship de la Universidad de Liverpool y ha impartido cursos sobre genocidio en la Universidad Estatal de Boise y en la Universidad de California, en Santa Bárbara. Licenciado en Filología, Historia y Filosofía, posee dos doctorados en Historia y Filosofía. Ha dirigido numerosas tesis doctorales y forma parte de los comités científicos de cinco editoriales académicas y universitarias. Es autor de más de veinte libros y diversos artículos en revistas especializadas y ha recibido premios y distinciones nacionales e internacionales. Ha dedicado los últimos diez años al estudio del bombardeo de Gernika y ha colaborado con el Centro de Documentación de este municipio en la búsqueda de material de archivo sobre el bombardeo. Fruto de estas investigaciones es su trilogía sobre el bombardeo de Guernica.

Entre sus últimos libros destacamos *Gernika: genealogy of a lie* (Sussex Academic Press, 2019), *The bombing of Gernika* (Center for Basque Studies Press / University of Nevada, Reno, 2018), *Gernika. 26 de abril de 1937* (Crítica, Barcelona, 2017) e *Historia jurídica de la lengua vasca* (Herri Ardulararitzaren Euskal Erakundea, Bilbao, 2015).

El politólogo polaco Raphael Lemkin acuñó la palabra «genocidio» en su obra *El dominio del Eje en la Europa ocupada*, publicada por primera vez en Washington en 1944 por la división de Derecho Internacional del Fondo Carnegie para la Paz Internacional. En palabras de Lemkin, el término expresa un plan coordinado compuesto por diferentes acciones destinadas a destruir los fundamentos esenciales de la vida de grupos nacionales con el objetivo de aniquilar estos grupos. Los objetivos de dicho plan serían la desintegración de las instituciones políticas y sociales, de la cultura, el lenguaje, los sentimientos nacionales, la religión y la existencia económica de grupos nacionales, así como la destrucción de la seguridad personal, la libertad, la salud, la dignidad e incluso la vida de las personas pertenecientes a esos grupos por el hecho de pertenecer a estas comunidades humanas.¹

A partir de esta definición, Lemkin concluye que toda campaña de genocidio tiene necesariamente dos fases, que no se desarrollan necesariamente en sucesión, la una después de la otra, sino que concurren en el tiempo y se interrelacionan. En la una, el agente genocida tiene como objetivo fundamental la destrucción del «patrón nacional»² del grupo nacional oprimido; en la otra fase, el agente busca imponer el patrón nacional de su propio grupo sobre el de la víctima.³ El patrón nacional de una comunidad humana es la «identidad colectiva» de dicho grupo, lo que comúnmente se conoce como el universo cultural de dicha nación, es decir, las costumbres y hábitos

1. LEMKIN, Raphael. *Axis rule in occupied Europe: Laws of occupation, analysis of government, proposals for redress*. Washington D.C.: Carnegie Endowment for International Peace, 1944, pág. 79.

2. CAMPBELL, Jason J. *On the nature of genocidal intent*. Lanham: Lexington Books, 2012, pág. 119.

3. LEMKIN. *Axis Rule in Occupied Europe...*, *op. cit.*, pág. 79.

culturales, la lengua, las instituciones políticas y las estructuras e instituciones socioeconómicas de una nación en particular.

Antes de que Lemkin acuñara el término «genocidio», se utilizaron conceptos como «exterminio» o «despoblamiento» y varios otros sinónimos para hacer referencia a una campaña destinada a destruir el patrón nacional de un pueblo en particular. De hecho, tras examinar la política del gobierno revolucionario de la República francesa en la Vendée entre 1793 y 1796, el ideólogo y político francés Gracchus Babeuf (1760-1797) utilizó los términos «plan de exterminación y de despoblamiento general»,⁴ «despoblación»⁵ y «populicidio»⁶ para hacer referencia a este fenómeno histórico, socioeconómico, cultural y político en su obra *Du système de dépopulation, ou la vie et les crimes de Carrier*, publicado en 1794.⁷ Por lo tanto, aunque Lemkin no acuñó el término «genocidio» hasta ciento cincuenta años más tarde, en 1944, el concepto era ya conocido en la literatura política europea.

Lemkin creó la palabra «genocidio» mediante la combinación de la raíz griega «genos» (‘grupo humano’ o ‘nación’) y el sufijo latino «-cidio» (‘matar’ o ‘destruir’).⁸ Por tanto, el término no es, en origen, un concepto jurídico, ya que la Convención para la Prevención y la Sanción del Delito de Genocidio no sería adoptada y abierta a la firma y ratificación, o adhesión, por la Asamblea General de Naciones Unidas hasta cuatro años más tarde, el 9 de diciembre de 1948. En suma, tal como afirmó Lemkin en su historia inacabada del genocidio, el término es un concepto histórico, una realidad que se remonta a los orígenes de la historia de la humanidad,⁹ con raíces de muy antigua tradición en la historiografía europea contemporánea, anteriores a su introducción en el vocabulario legal.

4. *Plan de d’extermination et de dépeuplement général.*

5. *Dépopulation.*

6. *Populicide.*

7. BABEUF, Gracchus. *Du système de dépopulation, ou La vie et les crimes de Carrier, son procès et celui du Comité révolutionnaire de Nantes.* París: Imprimerie de Franklin, 1794. Existe una edición en castellano traducida y editada por María Teresa González Cortés: BABEUF, Gracchus. *El sistema de despoblación: Genocidio y Revolución Francesa.* Madrid: Ediciones de la Torre, 2008.

8. *The Contemporary Review*, vols. 169-170, A. Strahan, Londres, 1946, pág. 320.

9. JACOBS, Steven L. (ed.). *Lemkin on genocide.* Plymouth: Lexington Books, 2014, pág. 3.

Toda campaña de genocidio consta de tres elementos esenciales: el colectivo de víctimas, el agente genocida y la acción o campaña de genocidio en sí misma.

El colectivo de víctimas está formado por seres humanos pertenecientes a un mismo grupo o nación. En palabras de Lemkin, la destrucción del «patrón nacional» de ese grupo humano es el objetivo principal de la campaña de genocidio, es decir, la destrucción de la identidad colectiva o universo cultural de dicha nación y la consecuente imposición del patrón nacional o cultural del grupo nacional propio del agente genocida. El grupo humano del que forman parte las víctimas está en todos los casos preidentificado en virtud de las características definitorias de la comunidad de víctimas, sean estas de carácter preminentemente cultural, político, económico, social o étnico, o incluso histórico (o en una combinación de estos aspectos). Partiendo de la idea de que es el agente genocida quien determina en última instancia qué y cuál es el grupo de víctimas, es obvio que la exactitud o rigor científico de la definición o descripción de dicho grupo es, en la inmensa mayoría de los casos, desacertada e inexacta. No obstante, si bien la identificación del grupo no es científica, ni rigurosa, ni tan siquiera precisa, dicha «imagen» resulta decisiva a la hora de delimitar al grupo humano que va a sufrir los efectos de la campaña de genocidio y, por tanto, tiene consecuencias materiales catastróficas para los individuos que sean considerados miembros integrantes de dicha comunidad humana.

El agente hace de los prejuicios sociales ley, y excluye o segrega a las personas pertenecientes al grupo de víctimas del poder político, así como legisla de modo que las características culturales de dicha nación, tales como el uso de la lengua nacional o la organización de asociaciones políticas o culturales, queden fuera del amparo de la ley, se vean limitadas o simplemente sean prohibidas. Como resultado, los individuos que forman parte de dicho colectivo son discriminados y segregados no solo socioculturalmente, sino también económica, política y legalmente. En el curso de la campaña de genocidio, las personas del grupo de víctimas son movilizadas o concentradas en virtud del régimen legal impuesto por el agente y, en muchos casos, asesinadas. El objetivo del agente es asimilar —en algunos casos hasta eliminar por completo— al colectivo de víctimas mediante la imposición

de su propio patrón nacional, y para ello es imprescindible reducir la capacidad de resistencia de los individuos considerados —según el caso— exógenos, extraños o no adeptos. Como resultado de todo ello, dicho grupo humano se convierte en una minoría sociocultural, lingüística, política o étnica dentro de un determinado territorio después de haber sufrido un proceso de genocidio efectivo.

Una de las particularidades más características de las campañas de genocidio es que, en abierta violación de un principio básico de la administración de justicia, la represión se dirige contra el grupo nacional y no contra el individuo y, aunque las sanciones u otro tipo de acciones punitivas concretas afectan lógicamente a los individuos que forman parte de dicho colectivo, estas no se imponen a las personas físicas en virtud «de lo que han hecho», sino en virtud «de lo que son»; esto es, las víctimas sufren la represión del régimen genocida por «ser» miembros de un determinado grupo humano en violación de un determinado código legal y no necesariamente por haber actuado en contra de la ley.¹⁰

La «intelectualidad» de la sociedad, las personalidades del mundo de la cultura, la política, la economía, la religión o las bellas artes, suelen ser las primeras víctimas de una campaña de genocidio y esto se ha denominado tradicionalmente «eliticidio».¹¹ El eliticidio es un fenómeno frecuente en las campañas de genocidio que consiste en la expulsión, arresto o ejecución de miembros destacados de la vida pública de la comunidad de víctimas.¹² Por lo general, se trata de figuras notorias de la vida sociopolítica, religiosa o cultural de una nación, ya sea en el ámbito de la política activa, la enseñanza, el mundo de la ciencia o en cualquiera de las expresiones de las artes plásticas, la música, la literatura, el teatro o el cine.

Entre los múltiples ejemplos que Lemkin dio de grupos humanos que habían padecido genocidio se encuentran, en diversas etapas de la historia de la humanidad, los galos, los cartaginenses, los judíos, los musulmanes en la península ibérica, los moriscos, los griegos, los

10. LEMKIN. *Axis Rule in Occupied Europe...*, *op. cit.*, pág. 79.

11. BALL, Howard, *Prosecuting War Crimes and Genocide: The Twentieth-century Experience*, University Press of Kansas, Lawrence, 1999, pág. 129.

12. LEMKIN. *Axis Rule in Occupied Europe...*, *op. cit.*, pág. 88.

hereros, los nativos americanos de ambos hemisferios, los aborígenes de Australia, los irlandeses, los eslavos, los armenios... y un largo etcétera de comunidades humanas de la Tierra.¹³ Tal como he apuntado, todos estos colectivos, que han sufrido casos de genocidio muy disímiles, en épocas distintas y bajo regímenes de diversos colores, tienen en común que han sido identificados y etiquetados por un agente genocida como un grupo «indeseable» en virtud de un cúmulo de prejuicios, lo cual ha convertido a sus integrantes en víctimas de la represión de un régimen cuyo objetivo ha sido la destrucción de su patrón nacional.¹⁴

Existe una vasta diversidad de agentes, que desde el punto de vista histórico han formado parte de colectivos muy distintos, con ideologías y programas completamente diferentes, pero todos ellos basados en el principio de la desigualdad humana. Como resultado de lo anterior, el sello distintivo de un agente genocida es el desprecio por la universalidad de los derechos humanos: el genocidio es un caso extremo de negación del principio de igualdad de las personas.¹⁵ El objetivo del agente es imponer o superponer la identidad colectiva propia de su grupo sobre el resto, ya sea cultural, religiosa, sociopolítica o étnicamente sobre otros colectivos humanos que son etiquetados como «subhumanos», «inferiores», «defectuosos» o «corrompidos». Después de que esta diferencia basada en el prejuicio se convierta en ley, se imponen dos o más realidades legales, políticas, socioeconómicas y culturales, con lo que la sociedad queda dividida entre aquellos adeptos o pertenecientes al régimen y «el resto». Al dominar la administración, el agente mantiene el discurso de la única verdad y de la necesidad,¹⁶ sea esta cultural, socioeconómica, política, étnica o religiosa: La «necesidad» de destruir el colectivo de víctimas mediante la «educación», la «conversión» o la «civilización» de los individuos que lo componen. Es por ello por lo que, desde el punto

13. JACOBS (ed.). *Lemkin on Genocide*, op. cit., págs. 16-18.

14. CHARNY, Israel W. *Toward the understanding and prevention of genocide*. Londres / Nueva York: Routledge, 2020, págs. 179-181.

15. MCKEAN, Warwick A. *Equality and discrimination under international law*. Oxford: Clarendon Press, 1983, pág. 282.

16. La urgencia o «necesidad de destruir» y la verdad sobre el papel redentor del agente genocida en relación con el futuro de la humanidad.

de vista del agente, la campaña de genocidio se conduce siempre *bona fide*, esto es, en buena fe, en beneficio del país o régimen, de la civilización y/o de Dios, a discreción del régimen.¹⁷ Dados el nivel de poder político y militar y la extraordinaria fuente de financiación que la ejecución de una campaña de genocidio requiere, los agentes genocidas han sido, en la mayor parte de los casos, gobiernos de diferentes colores en múltiples Estados a lo largo de los cinco continentes.¹⁸

Los límites entre el grupo al que pertenece el agente genocida y los colectivos de víctimas no siempre son visibles o notorios y, como he anotado antes, a menudo se basan en prejuicios o principios pseudocientíficos. Por un lado, es habitual que existan personas o incluso grupos organizados de personas (colectivos, partidos políticos u otro tipo de asociaciones) pertenecientes a la comunidad de víctimas que colaboran activamente con el agente y, por lo mismo, también lo es que haya miembros de la comunidad nacional del agente que simpatizan o incluso colaboran con el colectivo de víctimas.¹⁹ Por otro lado, a medida que la campaña de genocidio se extiende a lo largo de los años o los siglos, se hace cada vez más difícil discriminar entre individuos de ambas comunidades humanas, tanto social como culturalmente.

En lo que respecta a la acción en sí, la erradicación de un grupo humano no es fácil ni simple, por lo que los procesos de genocidio son realidades históricas, políticas, culturales y socioeconómicas complejas, planes coordinados que abarcan un amplio conjunto de acciones y se extienden durante un largo período de tiempo. En el contexto de una campaña de genocidio, «un largo período de tiempo» puede significar muchos años e incluso siglos.²⁰ El objetivo principal de la acción genocida es establecer un «nuevo orden», ya sea cultural o religioso, sociopolítico o legal, económico, étnico o relativo a más de

17. ROVETTA KLYVER, Fernando. *El descubrimiento de los derechos humanos*. Madrid: IEPALA, 2009, pág. 408.

18. DOBKOWSKI, Michael N.; WALLIMANN, Isidor. *Genocide in our time: An annotated bibliography with analytical introductions*. Ann Arbor: Pierian Press, 1992, pág. 87.

19. SMEULERS, Alette; WEERDESTEIJN, Maartje; HOLÁ, Barbora. *Perpetrators of international crimes: Theories, methods, and evidence*. Oxford: Oxford University Press, 2019, pág. 151.

20. GRANDE, Sandy. *Red pedagogy: Native American social and political thought*. Lanham: Rowman & Littlefield Publishers, 2004, pág. IX.

uno de estos factores.²¹ Es por ello por lo que los agentes aspiran a un mundo «más justo», «más perfecto», «más civilizado», «más limpio», «más homogéneo», «más cercano a Dios» o, simplemente, «mejor», todo lo cual se registra en los diversos programas políticos de los grupos que han organizado estas campañas de exterminio.

Crecí viendo cansinamente aquellas películas de vaqueros e indios que se emitían por las tardes, después de comer, cuando la televisión tan solo tenía dos canales. Una escena se repetía a menudo: la de aquellas hordas de salvajes con el pecho descubierto y con las caras ocultas tras densas pinturas de guerra atacando a un pequeño destacamento de soldados azules bien apostados tras un círculo de caravanas. Al término de la primera escena habían muerto decenas de guerreros, mientras que el protagonista seguía disparando sin tregua junto a una flecha clavada en la rueda de la carreta. Nunca lo entendí, pero aquella valiente e inútil estrategia de dibujar, a caballo, un círculo en torno a un muro de fuego de fusil, una imagen reproducida hasta la eternidad en aquellas tardes de película, se grabó en mi mente infantil. Hasta tal punto fue así que, cuando estudiaba historia y leí *The red record of the sioux*, un clásico de Willis F. Johnson, editor del *New York Tribune*, lo que leí me sorprendió profundamente.

El autor hacía referencia a varias guerras y, en lo que respecta a las bajas en batalla, aseguraba que «los indios solían llevar siempre la mejor parte».²² Citaba como ejemplo un informe sobre las guerras indias que se habían luchado entre 1868 y 1882 en el que el Departamento de Guerra de los Estados Unidos ofrecía una explicación sobre el número relativamente pequeño de guerreros nativos muertos en combate en relación con el relativamente elevado número de soldados de la Unión que habían perdido la vida en aquellos conflictos.²³ La guerra de los modoc fue una de aquellas contiendas. Se luchó entre 1872 y 1873 en los campos de lava de lo que es hoy el monumento

21. ALLEN, Michael T. *The business of genocide: The SS, Slave Labor, and the concentration camps*. Chapel Hill: University of North Carolina Press, 2005, pág. 158.

22. JOHNSON, Willis F. *The Red Record of the Sioux: Life of Sitting Bull and History of the Indian War of 1890-91*. [Filadelfia]: Edgewood Publishing Company, 1891, pág. 288. Véase asimismo: SMITH CLARE, Israel. *History of American Wars*. Nueva York / Chicago: Union Book Company, 1899, pág. 225.

23. *Idem*.

nacional de los lechos de lava (Lava Bed), en el condado de Siskiyou, a las faldas del imponente monte Shasta, en el noroeste de California. Kintpuash, también conocido como Capitán Jack, lideró a un grupo de rebeldes modoc que decidieron abandonar la reserva de Klamath. Eran 56 guerreros de todas las edades y les seguían un centenar de ancianos, mujeres y niños. Tras renunciar a la paz y matar al general Edward Canby y al reverendo Eleazer Thomas en torno a una mesa de negociación, ocuparon posiciones defensivas a lo largo de los lechos de lava al sur del lago Tule. Defendiendo estas posiciones, la pequeña fuerza de Kintpuash luchó cuatro batallas contra el ejército de Estados Unidos, que había enviado contra ellos una fuerza de aproximadamente un millar de hombres, compuesta de unidades infantería y caballería con dos pequeños cañones de campaña. La guerra le costó al ejército la vida de unos 73 hombres, y otros 47 fueron heridos. El Departamento de Guerra hizo llegar al Senado un informe en el que se leía: «ningún indio reportado muerto».²⁴ La guerra terminó, no obstante, como todas. El 3 de octubre de 1873, Kintpuash y tres de sus hombres fueron sentenciados a muerte y ahorcados en Fort Klamath, Oregón. El resto del grupo, 39 hombres, 64 mujeres y 60 niños, fueron llevados como prisioneros de guerra a las tierras de la Agencia Quapaw, en el noreste de Oklahoma, a unos 3.000 km al este de sus hogares.

La obra de Johnson aporta muchos datos en este mismo sentido. En la guerra sioux de 1876 el ejército sufrió 283 muertos y 125 heridos, frente a 85 guerreros muertos. En la guerra de 1877 contra los nez percés en lo que hoy es Idaho, 241 oficiales y soldados perdieron sus vidas y 12 colonos fueron asesinados, mientras que 158 guerreros resultaron muertos en el campo de batalla o tras ser hechos prisioneros. La insurrección de los cheyenes del norte de 1879 supuso una pérdida para el ejército de 32 hombres, entre muertos y heridos. «No se reportaron indios muertos».²⁵ La enciclopedia de las guerras indias de Gregory F. Mincho aporta datos similares. Las bajas totales entre los guerreros apaches en las 214 batallas y encuentros armados ocu-

24. *Idem.*

25. Johnson. *The Red Record of the Sioux...*, *op. cit.*, págs. 291-294.

rridos en los cuarenta años que separan 1850 de 1890 fueron 566, entre presos, heridos y muertos.²⁶

La palabra «guerra» y el concepto «guerras indias» son, no obstante, polisémicos, y el número de víctimas mortales de estos conflictos armados es mucho mayor que el de las personas que perdieron sus vidas en combate. Si bien las muertes en el campo de batalla fueron, en virtud de los datos que tenemos a nuestra disposición, relativamente bajas, la pérdida en vidas humanas, fundamentalmente la de civiles desarmados, ancianos, mujeres y niños, fue muy alta. Los algo más de cuatro mil guerreros indígenas que perdieron sus vidas o fueron heridos en encuentros armados con las tropas de la unión o en enfrentamientos entre diversas naciones nativas entre 1850 y 1890 no constituyen sino una pequeña proporción de las muertes que estos conflictos causaron.

Todos somos conscientes de que realidad y ficción pugnan por la conquista de la memoria histórica, por eso es importante recurrir a las fuentes, porque solo en ellas encontraremos la verdad. Las obras de Johnson y otros autores reflejan la realidad de aquellas guerras, y cuando en el invierno de 2010 visité por vez primera la reserva de Fuerte Apache en Arizona me di cuenta de que nadie habría sobrevivido con el pecho descubierto a las temperaturas bajo cero a las que estuvimos aquellas noches en Whiteriver. Esa es la razón por la cual el cineasta navajo Brian Young declaró en 2015 que «no usaría nunca más plumas ni pinturas de guerra en una película».²⁷

Entre 1811 y 1924, la política del Gobierno de Estados Unidos con respecto a las naciones indígenas que habitaban al oeste del río Mississippi fue esencialmente belicista. Tras la guerra civil, el general William T. Sherman, comandante en jefe del ejército estadounidense entre 1869 y 1883, fue el principal responsable de la actuación de sus tropas en el curso de las campañas contra los nativos americanos bajo la presidencia de Ulysses S. Grant (1869-1877). Le siguió en el pues-

26. MICHNO, Gregory F. *Encyclopedia of Indian Wars: Western battles and skirmishes, 1850-1890*. Missoula: Mountain Press, 2003 págs. 363 y 366.

27. BRIAN YOUNG, Brian. «Why I won't wear war paint and feathers in a movie again», Zocalo Public Square, Arizona State University Knowledge Enterprise, June 11, 2015. Disponible en: <https://time.com/3916680/native-american-hollywood-film/>.

to el general Philip Sheridan, que había servido bajo su mando y que en 1883 sería nombrado comandante en jefe del ejército durante el mandato del presidente Chester A. Arthur (1881-1885).

Actuando como secretario del Departamento de Guerra, Grant había creado el 3 de febrero de 1865 la División Militar de Missouri con el fin de coordinar todas las unidades militares al oeste del río Mississippi bajo un único mando. Terminada la guerra civil, Sheridan fue designado comandante de dicha división en agosto de 1867, con la misión de «pacificar» un territorio que abarcaba todos los estados y territorios al oeste del río Mississippi, al norte de Texas y al este de Idaho, Nevada y Arizona. Sherman ordenó a Sheridan «actuar con todo el vigor que había mostrado en el valle de Shenandoah durante los últimos meses de la Guerra Civil» y redirigir la guerra del campo de batalla a la retaguardia.²⁸ Por un lado, las operaciones militares contra las partidas de guerreros indígenas no habían producido los efectos deseados y, por otro, la «solución final del problema indio»²⁹ implicaba no solo matar a los guerreros hostiles, sino también relegar a todos los supervivientes, guerreros y civiles, a la más extrema pobreza y conducirlos a lugares remotos y apartados del resto de la sociedad. Sherman y Sheridan aplicaron las tácticas de tierra quemada utilizadas durante la guerra civil contra los nativos americanos. Sus tropas realizaron más de mil ataques contra aldeas y refugios de temporada, principalmente en los meses de invierno, cuando las familias estaban juntas. Sus nombres y sus acciones estarán siempre asociados al lema «el único indio bueno es el indio muerto».³⁰

En opinión del congresista demócrata Samuel S. Cox, Sherman «creía en el exterminio [de las naciones indígenas]. Nunca hace referencia a ningún otro tipo de trato hacia los indios que no sea el de la

28. FELLMAN, Michael. *Citizen Sherman: A life of William Tecumseh Sherman*. Nueva York: Random House, 1995, pág. 270.

29. FELLMAN, Michael (ed.). *Memoirs of general W. T. Sherman*. Nueva York: Penguin, 2000, pág. xvii.

30. Tal como relató Dee Brown, el jefe comanche Tosawi le dijo a Sheridan en 1869: «Tosawi, buen indio». Sheridan respondió: «Los únicos buenos indios que yo he visto han sido los indios muertos». El teniente Charles Nordstrom, que estaba presente, transmitió la anécdota que dio lugar al aforismo «el único indio bueno es el indio muerto». En: BROWN, Dee A. *Bury my heart at Wounded Knee: An Indian history of the American West*. Nueva York: Sterling, 2009, pág. 194.

fuerza. Deben ser “castigados”, deben recibir “un duro golpe”; deben ser “eliminados”. Tales expresiones son sus términos favoritos». ³¹ Así era. En una carta al Departamento de Guerra del 28 de diciembre de 1866, una semana después de la masacre de Fetterman, en la que perdieron la vida 81 soldados, Sherman expresó que «debemos actuar vengativamente y con vehemencia contra los sioux, hasta su exterminación, hombres, mujeres y niños. Nada menos resolverá este asunto de raíz». ³² En consecuencia, Sherman autorizó a Sheridan a matar a tantos hombres, mujeres y niños como él y sus subordinados creyeran necesarios: matar sin reservas, incluidos los perros, y quemar todo lo que ardiera para condenar a los sobrevivientes, sin recursos, a morir de hambre o de frío. ³³ Las tropas apostadas en Fort Cobb entre los inviernos de 1859 y 1869 atacaron los refugios de invierno de cheyenes, arapahoes, kiowas, comanches, apaches y otras naciones indígenas, expoliaron sus suministros y expropiaron o masacraron el ganado, con lo que forzaron la vuelta de la población a las reservas y ejecutando a los que se resistían. Siguiendo sus instrucciones, cazadores profesionales mataron bisontes, que constituían la principal fuente de alimento, ropa de invierno y otros bienes de estos pueblos, y sacrificaron asimismo caballos y cuantos animales pudieran servir de alimento. Se calcula que entre 1869 y 1874 acabaron con más de cuatro millones de bisontes. Grant vetó la primera ley aprobada por el Congreso sobre la protección de la vida salvaje y, cuando un grupo de tejanos le preguntó a Sheridan si no podía hacer algo para detener el exterminio del búfalo, este respondió: «Déjenlos matar, desollar y vender hasta que el búfalo sea exterminado, ya que es la única forma de lograr una paz duradera y permitir que avance la civilización». ³⁴

31. *Congressional record: Proceedings and debates of the Forty-Four Congress, First Session and Special Session of the Senate*. Washington D.C.: U.S. Government Printing Office, 1876, vol. 4, pág. 2240.

32. Carta del general Sherman al Departamento de Estado. Saint Louis, diciembre 28, 1866. United States Congressional serial set, U.S. Government Printing Office, 1867, vol. 1277, pág. 4.

33. Fellman. *Citizen Sherman...*, *op. cit.*, pág. 271.

34. *Congressional record: Proceedings and debates of the 88th Congress, First Session*. Washington D.C.: U.S. Government Printing Office, 1963, vol. 109, part. 17, pág. 22314. Véase asimismo: Brown. *Bury my heart at Wounded Knee...*, *op. cit.*, pág. 296.

El 26 de noviembre de 1868, el general George A. Custer dirigió al Séptimo Regimiento de Caballería en un ataque contra un campamento de invierno a orillas del río Washita. Tras un día entero de búsqueda, en un terreno cubierto por 30 cm de nieve, los guías dieron con el campamento, compuesto por 51 tiendas, que sería atacado a primera hora del día siguiente. Era una mañana de intenso frío y había nevado abundantemente, por lo que nadie esperaba un ataque. Custer dividió sus tropas en cuatro grupos, que cargaron directamente contra el campamento desde sendas direcciones. Fue una acción rápida. Tal como expresó Custer, ordenó a la banda militar que tocara la giga *Garry Owens* durante el ataque a la aldea, y la tropa cargó «con vítores que me recordaron fuertemente las escenas durante la guerra». ³⁵ «Esta era la forma de Custer de suavizar la guerra. Hizo que matar fuera más rítmico», escribe Marshall. ³⁶ Al anoecer, temiendo un contrataque, Custer ordenó la retirada, si bien abandonó a su suerte a un pequeño destacamento de hombres dirigidos por el mayor Joel Elliott, 20 de los cuales morirían en un breve combate con un grupo mixto de guerreros cheyene, kiowa y arapahoe. En su informe al general Sheridan del 28 de noviembre, Custer informó de que había matado a 103 guerreros, y añadió que «en la conmoción de la lucha, así como en defensa propia, sucedió que algunas mujeres y algunos niños murieron y otros resultaron heridos». ³⁷ En realidad, tan solo 11 de los muertos eran guerreros. El jefe cheyene Black Kettle y su esposa, Medicine Woman, recibieron un disparo en la espalda, «y su cabellera está ahora en posesión de uno de nuestros guías Osage». ³⁸ Custer expresó:

[...] capturamos todos sus suministros de invierno de carne seca de búfalo, toda su comida, harina y otras provisiones y, realmente, todo lo

35. Informe del general Custer al general Sheridan. Fort Cobb, 28 de noviembre de 1868. En: COPELAND, David A. *The Greenwood Library of American War reporting: The Indian wars & the Spanish-American War*. Westport: Greenwood Press, 2005, pág. 103.

36. MARSHALL, Samuel L. A. *Crimsoned prairie: the wars between the United States and the Plains Indians during the winning of the West*. Nueva York: Scribner, 1972, pág. 107.

37. Informe del general Custer al general Sheridan. Fort Cobb, 28 de noviembre de 1868. En: COPELAND. *The Greenwood Library of American War reporting...*, op. cit., pág. 103.

38. *Idem*.

que poseían, hasta expulsar a los guerreros de la aldea con poca o ninguna ropa. Destruimos todo lo que era valioso para los indios, y ahora tenemos en nuestra posesión, como prisioneros de guerra, cincuenta y tres mujeres y sus hijos.³⁹

De hecho, tras haber destruido o matado lo que no podían o no querían transportar, incluidos unos 675 caballos, ponis y mulas, llevaron consigo 200 caballos para transportar a las mujeres y menores que sirvieron como escudos humanos.⁴⁰ Durante sus días en Fort Cobb, Custer mantuvo a su lado a una de estas mujeres. Oficialmente actuaba de traductora, si bien no sabía inglés.⁴¹ La noche siguiente a la llegada de las tropas al campamento base, los guías Osage y Kaw celebraron el baile de la cabellera, exhibiendo los trofeos obtenidos mediante la mutilación de los cuerpos de las víctimas, acto al que asistieron tanto Custer como Sheridan.⁴² Samuel S. Cox preguntaba ante el Congreso: «¿es posible que el cuidado de nuestra población indígena sea confiado al ejército cuyos más altos oficiales son capaces de participar en prácticas tan crueles, réprobas y bárbaras?».⁴³

El coronel Edward W. Wynkoop, agente de los cheyenes y arapahoes, expresó sin equívocos que la acción de Custer había sido «simplemente una masacre», un ataque contra un grupo de indígenas pacíficos, y dimitió.⁴⁴ Pero la política gubernamental siguió su curso. Sheridan, que se hallaba a dos días de marcha del lugar, recibió pronto las noticias «con júbilo», ya que «sabía que el efecto inmediato de una victoria sería la desmoralización del resto de los indios hostiles, lo que, por supuesto, facilitaría y aceleraría nuestro éxito final».⁴⁵ Redactó un informe oficial el 29 de noviembre en el que subrayó el

39. Custer se refiere a las mujeres en su informe como «squaws», término que hace referencia al gorjeo alto y agudo de un pájaro. *Idem*.

40. SKLENAR, Larry. *To hell with honor: Custer and the Little Bighorn*. Norman: University of Oklahoma Press, 2000, pág. 35.

41. Brown. *Bury my heart at Wounded Knee...*, *op. cit.*, pág. 193.

42. *Congressional record...*, *op. cit.*, 1876, vol. 4, pág. 2241.

43. *Idem*.

44. «The Indians. Resignation of Colonel Wynkoop». *The Philadelphia Inquirer*, Philadelphia, lunes, 14 de diciembre de 1868, pág. 1.

45. SHERIDAN, Philip H. *Personal memoirs of P.H. Sheridan, general, United States Army*. Nueva York: Charles L. Webster & Co., 1888, vol. 2, pág. 319.

carácter puramente militar de la operación y expresó sin ambigüedad que Custer había actuado conforme a sus órdenes, que le habían sido dadas el 23 de noviembre, «para proceder con once compañías del Séptimo de Caballería en dirección sur hacia las Colinas del Antílope en busca de indios hostiles».⁴⁶ El único reportero oficial de la campaña era Randolph Keim, corresponsal del *New York Herald*, aseguró que:

[...] las instrucciones emitidas para la expedición eran breves y simples: avanzar hacia el sur, en dirección a las colinas de Antelope, de allí hacia el río Washita, el supuesto refugio invernal de las tribus hostiles; destruir sus aldeas y ponis; matar o colgar a todos los guerreros y traer de vuelta a todas las mujeres y niños.⁴⁷

Como observó Keim, «ésta era, en pocas palabras, la política de Sheridan hacia los salvajes refractarios, no solo para quebrar su poder, sino también para darles una saludable lección».⁴⁸ El propio Sheridan expresó que la pérdida del comandante Elliott y su grupo había sido «el único reparo a nuestro jubilo y el único inconveniente de la exitosa expedición»,⁴⁹ y rubricó: «es un exceso de generosidad por nuestra parte alimentar y dar suministros a los viejos, las mujeres y los enfermos, mientras sus hombres jóvenes están en pie de guerra».⁵⁰ Custer fue destinado a Fort Cobb entre el 18 de diciembre de 1868 y el 6 de enero de 1869, para proseguir con la campaña. A día de hoy la acción se conoce como la batalla del río Washita.

Masacres como la de Washita no fueron una excepción. Entre 1869 y 1890, bajo el mando de Sherman y Sheridan, las tropas de la División Militar de Missouri mataron a decenas de miles de nativos, la mayoría mujeres y niños. No obstante, sería injusto afirmar que

46. *Congressional Serial Set. Issue 1425*. Washington D.C.: U.S. Government Printing Office, 1870, págs. 146-147. Véase asimismo: «The Indian War. Custer's fight». *The Cincinnati Commercial*, Cincinnati, viernes, 4 de diciembre de 1868, pág. 4.

47. KEIM, De Bonneville Randolph. *Sheridan's troopers on the borders: a winter campaign on the plains*. Filadelfia: Claxton, Remsen & Haffelfinger, 1870, pág. 103.

48. *Idem*.

49. Sheridan. *Personal memoirs...*, *op. cit.*, vol. 2, pág. 319.

50. *Congressional Serial Set. Issue 1260*. Washington D.C.: U.S. Government Printing Office, 1869, pág. 22.

Sherman o Sheridan idearon estas políticas de exterminio. Para 1869 esta práctica era ya una tradición. Cuando en el curso de la masacre de Sand Creek, el 29 de noviembre de 1864, el coronel John M. Chivington, pastor metodista, atacó con un destacamento del Tercero de Caballería de Colorado una aldea cheyene y arapahoe, ordenó sin equívocos: «Quiero que maten y desmenucen a todos, grandes y pequeños; de las liendres nacen los piojos». ⁵¹ Mataron a 163 personas, de las cuales 110 eran mujeres y niños. Los cuerpos de las víctimas fueron mutilados bajo las órdenes de Chivington, y sus hombres arrancaron la cabellera y otras partes de sus cuerpos como trofeos de guerra, incluidos fetos humanos y genitales masculinos y femeninos.

Si bien esta línea de administración del terror siguió siendo la pauta de la política con respecto a la población nativa americana durante cuatro décadas más, algunos ciudadanos comenzaron a considerarla cruel y excesiva a partir de la década de los ochenta. Incluso algunos años antes, cuando Grant asumió el cargo de presidente en 1869, hizo referencia a los nativos americanos en su discurso inaugural, afirmando que «el tratamiento adecuado de los pobladores originales de esta tierra, los indios, merece un estudio cuidadoso. Favoreceré cualquier curso de acción que promueva su civilización y, en último extremo, su acceso a la ciudadanía». ⁵² De hecho, con el aliento y el apoyo de varias Iglesias cristianas y asociaciones de misioneros, el presidente Grant puso en marcha por vez primera una política de paz entre 1869 y 1877, al mismo tiempo que las tropas actuaban con total impunidad al oeste del Mississippi. Nombró a su amigo y antiguo secretario militar, Ely S. Parker, miembro de la tribu séneca, comisionado de Asuntos Indios. Pero la junta de comisionados de Asuntos Indios, dirigida por William Welsh, que también había sido nombrada por él como parte de la política de paz, se opuso. Y mientras la política belicista ganaba terreno bajo la mano de hierro de Sherman, la junta de comisionados impidió la concesión de la ciudadanía a los nativos y Parker renunció a su cargo como comisionado de Asuntos Indios en 1871.

51. Marshall. *Crimsoned prairie...*, *op. cit.*, pág. 37.

52. *The Twenty-Fifth Annual Report of the American Missionary Association*. Nueva York: American Missionary Association, 1872, pág. 64.

Es posible que Grant abrazara la idea de convertir a los indios salvajes al oeste del Mississippi en personas cultas, «civilizadas», como Parker. Existían muchos precedentes. En 1819, el Congreso había aprobado la ley del fondo para la civilización⁵³ que tenía como fin apoyar económicamente a las sociedades misioneras en su esfuerzo por establecer escuelas para nativos americanos, «un proyecto que durante mucho tiempo había sido estudiado por el ejecutivo». En 1820 el Senado creó la comisión para Asuntos Indios y un año después se creó una comisión similar en la Cámara de Representantes.⁵⁴ En 1824, el secretario de guerra John C. Calhoun creó sin autorización del Congreso una Oficina de Asuntos Indígenas⁵⁵ en el Departamento de Guerra para administrar dicho fondo. En 1832 el Congreso estableció el cargo de comisionado de Asuntos Indios, y en 1844 promulgó que:

[...] con el propósito de proporcionar fondos para evitar el mayor declive y la extinción definitiva de las tribus indias contiguas a los asentamientos de frontera de los Estados Unidos, y para introducir entre ellos los hábitos y las artes de la civilización, el presidente de los Estados Unidos será, y es por este medio, autorizado [...] a emplear personas capaces y de buena moral y, con su consentimiento, instruirlos en el arte de la agricultura adaptada a su situación e introducir a sus hijos en la enseñanza de la lectura, escritura y aritmética; y para realizar cualesquiera otras funciones que puedan ser ordenadas, de acuerdo con dichas instrucciones y reglas.⁵⁶

En el curso de un caso histórico que estableció los cimientos de la doctrina de la soberanía de las naciones nativas, John Marshall, presidente de la Corte Suprema de los Estados Unidos, expresó que la ley contemplaba la preservación de las naciones indias como uno de los objetivos del Congreso de los Estados Unidos, pero que dicha

53. Civilization Fund Act. U.S. Statutes at Large, 3:516-17.

54. WILKINS, David E.; STARK, Heidi K. *American Indian politics and the American political system*. Nueva York: Rowman & Littlefield, 2018, pág. 110.

55. Bureau of Indian Affairs.

56. GORDON, Thomas F. (ed.). *A digest of the laws of the United States: including the treaties with foreign powers, and an abstract of the judicial decisions relating to the constitutional and statutory law*. Filadelfia: I. Ashmead & Co., 1844, pág. 424.

preservación se materializaría mediante la «civilización» de dichos pueblos, convirtiéndolos de cazadores en agricultores. Marshall puso como modelo a los cheroquis, que ya habían hecho progresos considerables en este aspecto. Su avance en los «hábitos y artes de la civilización», se debía más a cambiar sus modos de vida y culturas que a un esfuerzo por perseverar su condición. En opinión de Marshall, la ley procuraba asimismo una fuerte evidencia sobre el propósito del Congreso de fijar a los indios en su país, «proporcionándoles la seguridad del hogar», dentro de sus reservas. Marshall concluyó que, en virtud de los tratados y leyes del país, los territorios indígenas eran entidades «completamente separadas del estado» y precisó que toda relación con ellos se debía llevar a cabo exclusivamente a través de las instituciones del gobierno federal.⁵⁷

No obstante, tal como expresó Cox, en el informe anual del comisionado de Asuntos Indígenas del 22 de noviembre en 1856, se llamó la atención del Congreso acerca de la necesidad de una legislación sobre política indígena, petición que, sin embargo, no fue atendida, y ese mismo fue el destino que tuvieron la mayor parte de las sugerencias anteriores y posteriores a esa fecha, hasta 1868.⁵⁸

Es asimismo obvio que, si la política de paz del presidente Grant con respecto a las naciones indígenas de 1868 era sincera, las prácticas de Sherman, que actuaba bajo su mando y cuyos informes recibía puntualmente, resultan inexplicables a menos que se entienda como un proceso en dos fases mutuamente complementarias: de un lado, la erradicación mediante medios violentos, si fuera necesario, de los indígenas insurrectos y, de otro, la asimilación de aquella parte de la población que sobreviviera a lo anterior y «abrazara la civilización» con ayuda de las misiones de diversas congregaciones cristianas. Esto mismo expresó Cox ante la Cámara de Representantes en 1876 cuando dijo que:

57. *Opinion of the Supreme Court of the United States at January term, 1832, delivered by Mr. Chief Justice Marshall in the case of Samuel A. Worcester, Plaintiff in Error, versus the State of Georgia.* Washington D.C.: United States. Courts of Justice. Supreme Court, Gales & Seaton, 1832, pág. 17.

58. *Congressional record...*, *op. cit.*, 1876, vol. 4, pág. 2238.

[...] la alarma permanente y la guerra en nuestras fronteras no se deben atribuir al salvajismo del indio tanto como a nuestra propia política; porque, ¿acaso parte de nuestra política no se ha basado en la idea de que el indio era una bestia de presa? ¿No debe ser cazado, disparado y arrastrado a voluntad del hombre blanco superior?⁵⁹

Cox se lamentaba de que:

[...] con los sentimientos que sostienen el general [Sherman] y el teniente general [Sheridan] de nuestro ejército, ¡cuán admirablemente administrarían la «política de paz» del presidente Grant! Podría citar las hazañas de Custer, Carr, Crook, Baker, etc., y mostrar cuán implacablemente se ha librado una guerra de exterminio.⁶⁰

En líneas generales, los misioneros cristianos consideraban que los indígenas eran seres humanos, pero sin civilizar, vagabundos e ignorantes, con un alma perdida. El reverendo Adam C. Whitmer, por ejemplo, expuso esta idea con meridiana claridad al escribir en 1885 que:

[...] los indios son seres humanos, que necesitan redención, y por lo tanto deben tener acceso al Evangelio. ¡Resulta extraño que alguien diga que el indio no tiene alma! Por supuesto que son ignorantes, supersticiosos, que tienen ideas y costumbres raras y una forma de vida muy distinta a la nuestra; pero todo esto es igualmente cierto de los chinos, los africanos y otros.⁶¹

En opinión de Whitmer, había un total de 265.000 nativos en Estados Unidos en 1885.⁶²

59. *Ibidem*, pág. 2234.

60. *Ibidem*, pág. 2240.

61. WHITMER, Adam C., «Missions to the Indians». *The Gospel in All Lands. An Illustrated Monthly Missionary Journal*. Missionary Society of the Methodist Episcopal Church, [s.l.], 1885, vol. 9, pág. 306.

62. Según el informe del comisionado para Asuntos Indios, había censados 289.778 nativos americanos en 1868. *Report of the Commissioner of Indian Affairs made to the Secretary of the Interior for the year 1869*. Washington D.C.: Government Printing Office, 1870, pág. 461.

Alrededor de la mitad de estos están civilizados, visten como los blancos, viven en casas, cultivan la agricultura, etc. Por ejemplo, en territorio indio viven las cinco tribus civilizadas (Cherokees, Choctaw, Chickasaw, Creeks y Seminolas), alrededor de 70.000 en total, 20.000 de los cuales viven en casas con 200 escuelas. La mitad de estas personas puede leer. Aproximadamente otros 70.000 indios civilizados viven en otros lugares, una sexta parte de los cuales sabe leer. 7.000 niños asisten a la escuela, y muchos de ellos están aprendiendo oficios.⁶³

El Gobierno federal preparaba informes anuales sobre su situación a través de las agencias dependientes de la Secretaría de Guerra. No obstante, se calculaba que había unos 120.000 nativos americanos «sin civilizar», a los que había que añadir 50.000 más en Alaska, territorio que había sido comprado al Imperio ruso en 1867 por 7,2 millones de dólares.

De acuerdo con el capitán Richard C. Pratt, veterano de la guerra civil, Washington había auspiciado el libre comercio con los nativos como medio para favorecer su integración en la sociedad norteamericana. Jefferson, por contra, puso en marcha el plan de reservas al oeste del Mississippi:

[...] y dio instrucciones a los que controlan los asuntos indígenas para trasladar allí a los indios y dejar que aquel gran río fuera la línea de demarcación entre ellos y los blancos. Se autorizó cualquier método de asegurar el traslado, persuasión, compra, o el uso de la fuerza. El plan de Jefferson se convirtió en la política permanente. En opinión de Pratt, la política de Washington estaba basada en la asociación, la igualdad, la amalgama, en el lema «matar al indio y salvar al hombre» mientras que el plan de Jefferson consistía en segregación, degradación y destrucción. El plan de Washington significa salud, autoayuda, economía, esperanza, crecimiento en todos los sentidos. El plan de Jefferson ha demostrado ser destructivo para los indios, muy caro, carente de esperanza, y generador de inactividad, enfermedad y muerte.⁶⁴

63. Whitmer. «Missions to the Indians», *op. cit.*, vol. 9, pág. 306.

64. BARROWS, Isabel B. (ed.). *Proceedings of the National Conference of Charities and Correction, at the Nineteenth Annual Session Held in Denver, Colorado, June 23-29, 1892*. Boston: Press of Geo. H. Ellis, 1892, vol. 19, pág. 47.

Pratt lo denominó «un siglo de deshonra».

Lo cierto es que la política de establecer una línea de demarcación en el río Mississippi que puso en práctica Jefferson, bajo el lema «las ovejas viven más felices a su aire que al cuidado de lobos»,⁶⁵ fue el único paso para evitar lo inevitable: la confrontación de varios universos culturales y la sangrienta imposición de uno de ellos sobre todos los demás mediante la exterminación de los pueblos indígenas. Sin embargo, en opinión de Pratt la política de reservas había introducido entre los nativos un veneno aún más letal que la guerra: el de la degradación moral.

Hace unas semanas pedí a uno de mis jóvenes graduados de la tribu Osage cómo explicaba él la gran disminución demográfica entre los Osage, de 3.490 habitantes en 1868 a alrededor de 1.500 en la actualidad. De inmediato y rápidamente respondió: «Whisky y ocio» y tenía razón... No menos destructiva, pero más potente y de mayor alcance, es la destrucción causada por las influencias degradantes de la inactividad. La inmoralidad y la enfermedad que pasa a los niños están haciendo su trabajo mortal.⁶⁶

Pratt entendía que la Administración tenía el deber de civilizar a los nativos e integrarlos en la sociedad norteamericana y, en consecuencia, que la situación en la que se hallaban los pueblos de las grandes praderas al oeste del Mississippi era culpa del hombre blanco, no tanto por haber conquistado y ocupado esas tierras, como por no haber sabido integrar el modo de vida de los nativos a la forma de ser occidental. Y concluía que:

[...] esta cuestión india afecta a menos de doscientas cincuenta mil personas, numéricamente inferior al doble de la población de esta ciudad. Se dividen en unas setenta tribus y lenguas. Su plan de vida siempre ha estado por encima de la de los africanos en su estado natural. El hecho de que no hayan llegado a ser civilizados e incorporados a la

65. JEFFERSON, Thomas. *Notes on the State of Virginia*. Londres: John Stockdale, 1787, pág. 151.

66. Barrows (ed.). *Proceedings...*, *op. cit.*, vol. 19, pág. 48.

nación es completamente culpa nuestra. Nunca hemos hecho ningún intento de civilizarlos con la idea de hacerlos parte de la nación y todas nuestras políticas han sido opuestas a absorberlos y que obtengan la ciudadanía.⁶⁷

Muchos de los misioneros entendían que era una cuestión de justicia. Pratt, al igual que Whitmer y tantos otros, entendía que no era una cuestión de caridad, ni de piedad, ni de sabiduría, sino simplemente de justicia. El Gobierno de los Estados Unidos había prometido desde principios del siglo XIX educar a los indios, pero no había puesto en marcha un plan de paz que hiciera posible dicha tarea de reeducación hasta finales de la década de los setenta.⁶⁸

En cualquier caso, no fue la crueldad de la línea belicista de Sherman ni la falta de justicia lo que finalmente convenció a la clase política de la necesidad de cambiar el rumbo de acción en relación con el «problema indio». Entre 1872 y 1882, la Administración norteamericana había invertido 273 millones de dólares en las campañas contra los pueblos indígenas y otros asuntos relacionados con la guerra al oeste del Mississippi, una media de 27 millones de dólares anuales. Según un informe de la Sociedad Misionera de la Iglesia metodista episcopal, a pesar de dicha inversión la guerra no había arrojado los resultados esperados, por lo que era preferible abrir vías a una paz que exigiera una inversión mucho menor del tesoro público y arrojara resultados más fructíferos.⁶⁹ Tal como expresó Horace W. Bolton en 1892, las guerras indias constituían «un pasatiempo demasiado caro».⁷⁰

La pregunta en la mente de muchos era cuál era el coste para el erario público de matar a un indio en el campo de batalla. La cuestión llegó al Congreso y al Senado de los Estados Unidos en numerosas ocasiones: cuando se discutían las sumas acordadas para llevar a cabo cada una de las campañas. No obstante, el panorama fiscal cambió en 1865 cuando, al término de la guerra civil y con las arcas de la

67. *Ibidem*, pág. 52.

68. Whitmer. «Missions to the Indians», *op. cit.*, vol. 9, pág. 307.

69. *Ibidem*, pág. 306.

70. BOLTON, Horace W. *Personal reminiscences of the Late War*. Chicago: H. W. Bolton, 1892, pág. 9.

Unión arruinadas por el conflicto, la Administración se vio forzada a buscar alternativas viables a la guerra para resolver el «problema indio». En este contexto, «viable» era sinónimo de «más económico». La masacre de Sand Creek, en noviembre de 1864, se convirtió en un escándalo nacional y exacerbó los ánimos de muchos ciudadanos y de las naciones indias, muchas de las cuales se inclinaron definitivamente a la guerra para confrontar «el problema blanco». Todo ello sirvió de catalizador para que el Congreso tomara más en serio la necesidad de proponer políticas de paz, por lo que el 20 de julio de 1867 autorizó la creación de la Comisión de Paz para Asuntos Indios.⁷¹ La junta de comisionados para Asuntos Indios,⁷² un órgano asesor permanente, sería la institución responsable de supervisar los asuntos relacionados con la población indígena y evitar el estallido de nuevas guerras.

Tom Donaldson, un agente de la oficina del censo, demostró mediante los registros de hacienda que, entre el 4 de julio de 1776 y el 30 de junio de 1886, el Gobierno federal había invertido un total de 929.239.284,02 dólares en asuntos indígenas. Casi 1.000 millones de dólares en cien años de guerra suponía una inversión de 10 millones de dólares anuales.⁷³ Dos tercios de aquellos 1.000 millones habían sido absorbidos por las guerras, mientras que solo un tercio se había invertido «en pacificar y civilizar a los indios».⁷⁴ Por lo que respecta a la inversión en Asuntos Indígenas tras los onerosos gastos bélicos de la administración Grant en la División Militar de Missouri, el Senado envió una resolución al secretario de Guerra en la que le preguntó cuál había sido el costo de mantener las tropas ocupadas en los Asuntos Indígenas para el período de diez años entre 1876 y 1886.⁷⁵ El secretario respondió que el costo total de mantener las tropas en territorio indígena había sido de 223.891.264,50 dólares, es decir, una media de 22 millones de dólares anuales.⁷⁶

71. Indian Peace Commission.

72. Board of Indian Commissioners.

73. Bolton. *Personal reminiscences...*, *op. cit.*, pág. 12.

74. Johnson. *The Red Record of the Sioux...*, *op. cit.*, pág. 283. Véase asimismo: Smith Clare. *History of American Wars*, *op. cit.*, pág. 222.

75. Johnson. *The Red Record of the Sioux...*, *op. cit.*, págs. 282-283. Véase asimismo: Smith Clare. *History of American Wars*, *op. cit.*, pág. 225.

76. Bolton. *Personal reminiscences...*, *op. cit.*, pág. 10.

Según los datos del comandante Herbert M. Enos, mantener un regimiento de infantería en 1867 costaba a las arcas del Estado entre 250.000 y 300.000 dólares anuales, y un regimiento de caballería costaba entre 500.000 y 600.000 dólares al año. Estas cifras no incluían el precio de los caballos, ni las pagas de la tropa, sino simplemente los gastos de intendencia para mantener el regimiento en condiciones de servicio y transporte. En consecuencia, a los costes mencionados había que sumar la paga y el costo de los caballos y las armas. Tal como expresó Enos, «no creo que una expedición de 10.000 hombres pueda trasladarse al teatro de guerra y mantenerse en servicio durante un año por menos de 30 o 35 millones de dólares». ⁷⁷ Diez años más tarde, en 1876, costaba 2 millones de dólares al año sostener un regimiento de caballería, y 1 millón mantener uno de infantería. ⁷⁸

El coste de los diversos conflictos bélicos era proporcional a dichos cálculos.

La guerra sioux de 1852, que duró tres o cuatro años, costó al erario público entre 15 y 20 millones de dólares. La guerra navajo de 1862-1863, que consistió en tres frustradas campañas contra este pueblo, costó al Gobierno casi 20 millones de dólares. ⁷⁹ El 2 de marzo de 1868 Sherman dio comienzo a la campaña de castigo de los cheyenes, arapahoes y comanches. Terminó el 9 de febrero del año siguiente con un saldo de 1 millón de dólares, o una inversión de casi 100.000 dólares al mes. El gasto de la guerra sioux de 1876 fue de 2.312.531 dólares. ⁸⁰ La guerra contra el pueblo nez percé de 1877 duró tres meses y costó, según el informe realizado por el superintendente para Asuntos Indios, la suma de 931.329,52 dólares, es decir, más de 300.000 dólares al mes. Tal como afirmó Willis F. Johnson, «bastante más de mil dólares por cada uno de los valientes indios involucra-

77. *Reports of the Committee of the Senate of the U.S. for the Second Session, Thirty-Ninth Congress. 1866-67. United States Congressional Serial Set, vol. 1279.* Washington D.C.: U.S. Government Printing Office, 1867, págs. 340-341. *Condition of the Indian tribes: Report of the Joint Special Committee appointed under Joint Resolution of March 3, 1865, with an Appendix.* Washington D.C.: Government Printing Office, 1867, pág. 341.

78. *Congressional record...*, *op. cit.*, 1876, vol. 4, pág. 2237.

79. Johnson. *The Red Record of the Sioux...*, *op. cit.*, pág. 285. Véase asimismo: Smith Clare. *History of American Wars*, *op. cit.*, pág. 222.

80. Bolton. *Personal reminiscences...*, *op. cit.*, pág. 10.

dos en ella. Esta fue la campaña que el general Sherman describió en su informe como “una de las guerras indias más extraordinarias de las que hay constancia”». ⁸¹ La guerra bannock de 1878 fue un asunto menor: tan solo costó 556.636,19 dólares. Y continuaba Smith: «desde 1882 a 1890 las únicas luchas que se registraron fueron las que se mantuvo con pequeños grupos de apaches en Arizona y Nuevo México. Por cada Apache muerto, asesinado o capturado, se dice que el gobierno gastó 100.000 dólares».⁸²

Bajo el lema de «el precio de matar pieles rojas», el miembro de la Cámara de Representantes Samuel S. Cox defendió en 1876 que era necesario impulsar una política de paz.

Hace algún un tiempo, en 1867, un caballero de Minnesota dijo que el costo de mantener un regimiento en territorio indio había sido de algo más de seis millones de dólares. «Un indio fue muerto», dijo el senador [William] Windom; seis millones para matar a un indio, y no sabemos si realmente está vivo o muerto. [Risas.] [...]. El costo total, militar y civil, de la administración de los asuntos indios bajo la política mixta actual, si incluimos los veinte regimientos de soldados (diez de caballería y diez de infantería) es de algo menos de cuarenta millones de dólares al año.⁸³

Horace W. Bolton consideraba, en su *Historia de las guerras indias* de 1892:

[...] [estas guerras] han sido las menos satisfactorias de todas. No han resuelto nada, excepto el hecho de que nuestra política india ha sido un fracaso práctico desde el principio. No los hemos civilizado ni exterminado. Después de más de 250 años de alternar peleas y mimos, tan sólo hemos logrado inducir a una cuarta parte de la población actual a vestir con ropa de ciudadanos, y aún un número menor prefiere una casa como vivienda a un Wigwam.⁸⁴

81. Johnson. *The Red Record of the Sioux...*, *op. cit.*, pág. 291.

82. *Ibidem*, pág. 294. Véase asimismo: Smith Clare. *History of American Wars*, *op. cit.*, págs. 226-227.

83. *Congressional record...*, *op. cit.*, 1876, vol. 4, pág. 2237.

84. Bolton. *Personal reminiscences...*, *op. cit.*, pág. 17.

Aun así, a pesar de las irrefutables ventajas estratégicas y financieras, la política de paz de Grant no prosperó. Por un lado, la línea dura de Sherman no era del todo compatible con una apuesta seria por la paz. Por otro lado, la inversión en guerra y en paz no era en absoluto proporcional: en virtud de una ley del Congreso aprobada el 10 de abril de 1868, se decidió invertir «dos millones de dólares para permitir al presidente mantener la paz entre y con varias tribus, bandas y partidos indios; para promover su civilización; llevarlos, cuando sea posible, a las reservas, y para aliviar sus necesidades, y alentar sus esfuerzos de autoayuda».⁸⁵ Esto no suponía sino una mínima proporción del presupuesto de la División Militar de Missouri para hacer la guerra; y en octubre de 1869 la comisión fue liquidada, pero no sin antes haber emitido dos informes en que Ely Parker, comisionado para Asuntos Indios, insistía en dos puntos cardinales: 1) que era una obligación del Gobierno federal civilizar a los indígenas y mejorar sus condiciones de vida, y 2) que las naciones indias no eran estados soberanos, por lo que no se podían negociar y aprobar tratados bilaterales con ellas, ya que, por lo general, eran engañadas.⁸⁶ A pesar de lo cual, en el breve período de vida de la junta de paz, se firmaron acuerdos con al menos diez de estas naciones.

Samuel Cox se preguntaba en el Congreso por qué el Gobierno seguía la línea belicista y por qué había fracasado tan estrepitosamente la política de paz de 1868, dando lugar a nuevas y costosas apuestas por alternativas que no auguraban ningún resultado positivo. Más aún, Cox se preguntaba por qué se impulsaba la opción belicista desde la Administración. Aunque el Congreso permitió e incluso impulsó el asentamiento y la ocupación de los blancos al oeste de Iowa, Missouri y Arkansas, el país no previó el cuidado y la protección de los indios hasta que en 1856 el comisionado para Asuntos Indios, en su informe anual, fechado el 22 de noviembre de ese año, llamó la atención del Congreso sobre la necesidad de una legislación a tal efecto. No se prestó ninguna atención a su recomendación, y lo mismo ocurrió con las sugerencias posteriores en torno a una solución

85. *Report of the Commissioner of Indian Affairs made to the Secretary of the Interior for the year 1869*. Washington D.C.: Government Printing Office, 1870, pág. 4.

86. *Ibidem*, pág. 3-6.

pacífica de los asuntos indios. Según Cox, el ejército siempre se había opuesto a los puntos de vista y las estrategias de la comisión, y añadió «que la comisión no siempre se ha opuesto con determinación a la impertinente interferencia de los militares, y en todos los casos en que ha fallado, el ejército ha hecho un movimiento agresivo que ha resultado en lesiones incalculables».⁸⁷

Uno de los costos de la guerra civil fue una notable militarización de la sociedad norteamericana y, fundamentalmente, de la Administración del Estado. Con Grant como presidente, las políticas de Sherman con respecto a la población indígena tenían carta blanca y su posición en torno a la vieja disputa entre civiles y militares por el control de los asuntos indios resultó determinante. En 1849 la comisión de Asuntos Indígenas había sido transferida al Departamento del Interior, y Sheridan quería controlarla desde el Departamento de Guerra: el general aprovechó cuantas ocasiones se le presentaron para intentar lograr la transferencia de la comisión al Departamento de Guerra. En opinión de Cox, de haber conseguido dicho traslado, ningún otro hombre en el ejército ni en la administración habría podido ejercer tanta influencia en la gestión de los asuntos indios.⁸⁸ El asunto fue trasladado al Congreso y, al término de la guerra civil, la Cámara nombró un comité conjunto liderado por el senador de Wisconsin James R. Doolittle, para estudiar la situación de los pueblos indígenas y su tratamiento por parte de las autoridades civiles y militares. Este comité, que entregó un informe de más de quinientas páginas al Senado el 26 de enero de 1867, concluyó terminantemente que, tras haber sopesado este asunto y todos los argumentos a favor y en contra, «era de la opinión unánime de que la comisión de asuntos indios debe permanecer donde estaba»,⁸⁹ dependiente de la Secretaría del Interior.

Cox estaba de acuerdo con el dictamen. En su opinión la cuestión radicaba en determinar, en primer lugar y fundamentalmente, cuál era el tratamiento que el Congreso quería aplicar en el futuro a los pueblos indígenas: «Si pretendemos tener una guerra con ellos, la

87. *Congressional record...*, *op. cit.*, 1876, vol. 4, pág. 2238.

88. *Ibidem*, pág. 2240.

89. *Ibidem*, pág. 2238.

comisión debería estar bajo el secretario de guerra. Si queremos paz, debería estar bajo un departamento civil». A juicio de Cox, las guerras indias eran totalmente innecesarias, y consideraba obvio que, si el Congreso apostaba por la política de paz, el ejército no era la institución más adecuada para cumplir con los deberes de la paz, esto es, educar e instruir a los pueblos nativos.

Tenemos el más alto aprecio de los oficiales del ejército y reconocemos plenamente su proverbial integridad y honor, pero estamos convencidos de que ni a uno de cada mil militares les atrae la idea de enseñar a los niños indios a leer y escribir o, instruir a los adultos sobre cómo sembrar y cosechar.⁹⁰

El 20 de julio de 1867, el Congreso aprobó una ley por la que se creaba una junta de comisionados con un objetivo triple: 1) establecer la paz con los pueblos hostiles, eliminando las razones para la guerra; 2) favorecer la construcción del ferrocarril y el asentamiento pacífico de la población blanca en la frontera con estos pueblos, y 3) «sugerir o poner en marcha un plan para la civilización de los indios».⁹¹ Dicha comisión estaba autorizada a convocar a los jefes de las naciones indígenas que estaban librando la guerra con el fin de determinar las razones de su hostilidad y, si se consideraba conveniente, rubricar tratados con ellos. Tal como apuntó Cox, el fin y los medios que se proponía eran excelentes y «de mi lectura de la historia actual de los tiempos, tan sólo enmendaría este texto diciendo que la guerra había sido ocasionada por los blancos y no por los indios, y que estos últimos solo estaban actuando en defensa propia».⁹²

Pero dicha política no llegó ni tan siquiera a germinar. Bajo el lema «Sheridan on his Indian ride», Cox opinaba que tanto Sherman como Sheridan estaban convencidos de que la única solución al problema indígena era la erradicación de estos pueblos mediante campañas

90. *Idem*.

91. *Executive documents printed by order of the House of Representatives during the Second Session of the Fortieth Congress*. Washington D.C.: U.S. Government Printing Office, 1868, pág. 1.

92. *Congressional record...*, *op. cit.*, 1876, vol. 4, pág. 2238.

militares. Ello explica, en parte, el hecho de que Sherman quisiera controlar la comisión de Asuntos Indios desde el Departamento de Guerra, pues así habría podido imponer su voluntad y *modus operandi* en este ámbito. Sin embargo, en opinión de Cox, esto era algo más que una ideología. El control de la administración de asuntos indios en el Departamento de Guerra suponía, de un lado, recuperar una tasa de poder que este departamento había perdido tras la guerra civil y, de otro, volver a tener un alto monto presupuestario, tras los recortes posteriores al fin de la guerra en 1865. Dinero y poder, por tanto, eran parte de la ecuación de Sherman.

Como resultado, tras serle denegada la absorción de dicha comisión en el Departamento de Guerra, Sherman intentó imponer su voluntad desde el campo de batalla. En la primavera de 1868, el general Sheridan fue transferido de Nueva Orleans al mando de la División de Missouri. Inmediatamente después de asumir el mando, comenzó a criticar el trabajo de la comisión que trataba con los indios.

Expresó que la comisión había seguido una política equivocada ya que, en lugar de tratar con los indios, éstos debían ser castigados. Tal como declaró de forma oficial durante esta temporada, «los indios debían ser fuertemente azotados, sus ponis muertos, los cabecillas colgados y debía llevarse a cabo tal destrucción de sus propiedades que los sumiera en la extrema pobreza». Ese era su remedio y el modo que adoptaría para civilizar al piel roja.⁹³

Y, como hemos visto, durante los años en que estuvo al mando del ejército y dirigió los asuntos indígenas, entre 1868 y 1883, su idea cristalizó y se materializó.

No era difícil encender la chispa de la guerra en un contexto como el de 1868. Tanto Sherman como Sheridan tenían sus propios planes y se rodearon de aquellos cuyas opiniones armonizaban con las suyas.

Había decidido en su propia mente que los indios deberían ser «castigados», y para justificar su acción, debían ser juzgados hostiles; e inmediatamente se dedicó al trabajo de preparar una campaña militar

93. *Ibidem*, pág. 2239.

contra ellos. Con qué autoridad inauguró su campaña [de 1868], no lo sé. Su plan era prepararse una gran fuerza para el otoño y organizar lo que él llamó una campaña de invierno «contra los indios hostiles al sur de Arkansas», demostrando a los indios que serían castigados durante el invierno, sus principales líderes muertos, sus propiedades destruidas, las tribus reducidas a la pobreza, y así resolver el problema indio. Estos indios no eran hostiles, pero él determinó que deberían serlo.⁹⁴

Antes de la reunión de la comisión de paz en Chicago en octubre de 1868, el general Sheridan había terminado de redactar sus planes militares y cinco columnas estaban ya estacionadas en el territorio entre Smoky Hill Fork y Republican Fork en el norte y los ríos Cimarrón y Canadiano en el sur. La organización de esta formidable fuerza militar estaba en conflicto con los planes de la comisión de paz organizada por el Congreso, y contrastaba palmariamente con las opiniones expresadas por esa comisión en su informe del 7 de enero de 1868 al presidente Grant. Pero la comisión reunida en Chicago se rindió a los puntos de vista del general, alentó sus movimientos, repudió su propio trabajo y dejó a Sheridan dueño de la situación. «Su campaña fue muy costosa, y su clímax constituyó un bárbaro ultraje, la matanza de la banda de los pacíficos indios Cheyenne de Black Kettle en el río Washita, donde residían legal y pacíficamente».⁹⁵

El 29 de junio de 1869, el general Sheridan ordenó que:

[...] mientras permanecen en sus respectivas reservas, todos los indios están bajo el control exclusivo y la jurisdicción de sus agentes. Las autoridades militares no interferirán de ninguna manera en sus labores, excepto a solicitud del agente especial residente con ellos, su superintendente o la comisión de asuntos indígenas de Washington. Fuera de los límites bien definidos de la reserva, están bajo la jurisdicción original y exclusiva de la autoridad militar y, por regla general, se considerarán hostiles.⁹⁶

94. *Idem.*

95. *Idem.*

96. *Eight Annual Report of the Board of Indian Commissioners to the Secretary of the Interior for the year 1876.* Washington D.C.: U.S. Government Printing Office, 1877, vol. 8, pág. 15.

La orden de Sherman era a todas luces ilegal, y así lo denunció la comisión. En primer lugar, el tratado firmado con estos pueblos, y que el general Sherman conocía, estipulaba expresamente que los indígenas podrían cazar en el territorio sin terminar y el Congreso había asignado 200.000 dólares que debían ser utilizados en parte para el pago de la séptima de treinta cuotas «para los indios en itinerancia». No reconocer dicho derecho de caza generó numerosos conflictos entre colonos e indígenas, lo cual forzaba la intervención del ejército. En 1874, el general Custer llevó a cabo una expedición contra Black Hills sin tener en cuenta las reclamaciones de los líderes indígenas y en violación directa del tratado. Pero se había descubierto oro, «y los hombres blancos acudían a El Dorado».⁹⁷

Dos ejemplos ilustran lo fácil que era encender la chispa de la guerra a mediados de siglo entre blancos e indígenas. Tal como refirió el senador de Wisconsin James R. Doolittle ante la Cámara, la guerra sioux de 1852 comenzó cuando, en unas llanuras en las que había reinado la paz hasta entonces, un grupo de mormones conducía su ganado hacia Salt Lake, cerca de Fort Laramie. Un miembro del grupo de indígenas mató a uno de los animales. El teniente al mando del fuerte envió inmediatamente un destacamento de 20 hombres y exigió que la persona responsable se entregase, o dispararía sobre ellos. Estos le respondieron que estaban dispuestos a pagar por el animal con túnicas o pieles de búfalo, pero el teniente no aceptó y volvió a reclamar la entrega inmediata del hombre que había cometido el delito. Los indios se negaron y el teniente ordenó a sus hombres que dispararan. En veinte minutos, él y todos sus hombres fueron muertos y sus cabelleras, cortadas. Eso dio comienzo a la guerra de 1852, que duró tres o cuatro años, y le costó al Gobierno entre 15 y 20 millones de dólares, y a cientos de personas, sus vidas.⁹⁸ Una vaca excesivamente cara, aseguraría, con razón, Doolittle.

Mientras el comandante Kendrick, «un hombre de gran sentido común», estuvo al mando del fuerte en el país de los navajos, no hubo guerra entre estos y Estados Unidos. No obstante, tras su marcha

97. *Idem.*

98. *The Congressional Globe: The Debates and Proceedings of the First Session of the Thirty-ninth Congress.* Washington D.C.: F. & J. Rives, 1866, pág. 3507.

estalló la guerra. Un indígena que se encontraba en el fuerte fue insultado por un hombre negro «que pertenecía a uno de nuestros oficiales», el cual resultó muerto en la reyerta. El indígena huyó y el oficial envió un destacamento para exigir su entrega. Como los indígenas se negaron, el Gobierno gastó casi 20 millones de dólares en tres desventuradas campañas. De manera similar estalló la guerra contra los pueblos arapahoe y cheyene, «que ha desolado las llanuras durante tanto tiempo». Bajo la sospecha de que un grupo de nativos había robado ganado, se envió a un teniente, que no hablaba la lengua ni llevaba un intérprete con él, con órdenes de seguir a los sospechosos, desarmarlos y capturarlos. Y concluía Doolittle:

¿Cuál fue el resultado? Una pelea, por supuesto. Y así comenzó la guerra Arapahoe y Cheyenne [...]. Si pones a un joven teniente que sabe muy poco sobre la naturaleza humana, y no mucho sobre los indios, al mando de un fuerte en un país indio, puede involucrarte en una guerra que te costará veinte millones de dólares.⁹⁹

Sheridan no consiguió arrastrar al Departamento de Guerra la política indígena, pero consiguió que la línea belicista imperase mediante acciones como la de Washita, que generaban odio en ambas partes. Existe un registro de los tratados y compromisos con los pueblos hostiles dentro de la División Militar de Missouri entre 1868 y 1882, bajo la dirección de Sherman. En la recapitulación de dicho informe se expresa que, en guerras con las naciones nativas, más de mil oficiales y soldados fueron muertos o heridos en combate durante ese período. En tan solo catorce años se libraron más de cuatrocientos batallas y escaramuzas, con un saldo aterrador en vidas humanas (la mayor parte de ellas, de civiles desarmados).¹⁰⁰ Tal como concluía Cox, «la necesidad de una guerra se genera fácilmente para dar empleo a un departamento que no tiene otra razón de ser que la fuerza y la matanza».¹⁰¹

99. *Idem.*

100. Johnson. *The Red Record of the Sioux...*, *op. cit.*, pág. 287. Véase asimismo: Smith Clare. *History of American Wars*, *op. cit.*, pág. 225.

101. *Congressional record...*, *op. cit.*, 1876, vol. 4, pág. 2237.

El problema, según Cox, era que las guerras indias habían estado bajo la dirección y el control del Departamento de Guerra. En su opinión, durante más de la mitad del período en el que los asuntos indígenas estuvieron bajo el control del ese departamento, las guerras «más o menos injustas» contra los seminolas y otras naciones se multiplicaron. Militares estacionados en territorio indio habían sido responsables del estallido de la mayoría de estas guerras. Por ejemplo, la Guerra Sioux de 1852-54 surgió, «como el incendio de Chicago», «por la reyerta de un teniente y un grupo de nativos en torno a una vaca, y el resultado fue un gasto de veinte millones de dólares, además de cientos de vidas y una inmensa pérdida de propiedad». La guerra cheyene, que culminó con la masacre de Sand Creek, estalló asimismo a raíz de una disputa de varios indígenas con un teniente, y costó 40 millones de dólares.

La violación de las estipulaciones de los tratados en Dakota nos costó muchas vidas y muchos millones de dólares. ¿No fue así con la guerra de Cheyenne de 1867, la guerra de los navajos en Nuevo México, por no hablar de otros conflictos, que han costado millones de dólares y cientos de vidas?

Y concluía Cox:

[...] separemos, señores, al ejército del indio en la medida de lo posible, a menos que queramos una repetición de la Guerra Seminola de siete años, que costó mil quinientas vidas de nuestra parte y cincuenta millones al tesoro. Si mantenemos esa misma tasa de mortalidad entre los indios, para cuando nuestros 300,000 indios sean exterminados, habrán costado un millón de dólares cada uno y, a razón de la muerte de un indio por mes, se calcula que serán exterminado en 25.000 años, a un costo de trescientos mil millones de dólares. Si ocurre lo mismo que hasta ahora, se matará a veinticinco blancos por cada indio, lo que, según un cálculo similar, provocará la muerte de siete millones y medio de personas entre nuestra gente. Pero todo este cálculo es un absurdo. Es imposible que el pueblo estadounidense consienta un sistema de exterminio sin piedad.¹⁰²

102. *Idem.*

Era obvio: «civilizar» era más económico que matar. En un informe de la Oficina de Educación de 1883, se recordaba que entre 1872 y 1882, en un período de solo diez años, el costo de las operaciones militares en lo referente a las hostilidades y a la protección militar contra los ataques de los grupos indígenas hostiles había ascendido a 223.891.264,50 dólares. A esto había que añadir la asignación anual de unos 5 millones de dólares al año en concepto de manutención, lo que daba un gasto medio de casi 24 millones de dólares anuales. Los autores del informe entendían que mediante la escolarización de al menos la mitad de los menores en edad escolar de la población indígena, se podría «civilizar» a los indígenas con un gasto anual de entre 5 y 6 millones de dólares durante quince años, evitando además el peligro de brotes de violencia y posibilitando, a un mismo tiempo, que la nueva generación de nativos proveyera por su propio sustento.¹⁰³ Según las cifras aportadas por el Departamento de Educación, el costo por alumno indígena en estas escuelas entre 1884 y 1888 había sido de 200 dólares de acuerdo con el siguiente cuadro:

10.000 menores en el año fiscal 1884, a 200 \$ cada uno:	2.500.000 \$
20.000 menores en el año fiscal 1885, a 200 \$ cada uno:	4.000.000 \$
25.000 menores en el año fiscal 1886, a 200 \$ cada uno:	5.000.000 \$
30.000 menores en el año fiscal 1887, a 200 \$ cada uno:	6.000.000 \$
25.000 menores en el año fiscal 1888, a 200 \$ cada uno:	5.000.000 \$ ¹⁰⁴

Felix R. Brunot, presidente de la primera junta de comisionados para Asuntos Indios, escribió una carta abierta a su amigo y colega, William E. Dodge, de Nueva York, el 22 de mayo de 1876, en la que indicó que «la investigación más integral, completa y exhaustiva en relación con los asuntos indios que se haya hecho es la del comité conjunto del congreso, encabezado por el senador Doolittle, de 1867». Dicho comité dijo en su informe que:

103. *Circulars of Information of the Bureau of Education, No. 3, 1883.* Washington D.C.: Government Printing Office, 1883, pág. 72.

104. *Idem.*

[...] si bien es cierto que muchos agentes y empleados del gobierno son ineficientes, infieles e incluso culpables de apropiación indebida o malversación de propiedad pública y de prácticas fraudulentas con respecto al gobierno y a los indios, es igualmente cierto que los puestos militares entre los indios se han convertido con frecuencia en centros de desmoralización y destrucción para las tribus indias, mientras que los errores y la falta de discreción de los oficiales al mando sin experiencia han llevado durante mucho tiempo a guerras onerosas, cuyo costo, al estar incluido en los gastos del ejército, nunca es percibido ni conocido por la gente del país. Nadie puede pasar las quinientas veintiséis páginas de testimonios que acompañan al informe sin sentir que estas palabras tan sólo sintetizan muy por encima la realidad.¹⁰⁵

En opinión de Brunot, abandonar la política de paz «sería una locura y una maldad». El informe de la junta de comisionados de 1875 expresaba que los 16.000 indios a cargo de la superintendencia central disponían de tan solo 5 escuelas en 1868, con 105 alumnos, mientras que en 1875 había 15 escuelas, con 836 alumnos. En 1868 no había escuelas sabatinas (en las que se enseñaba fundamentalmente religión antes de misa los fines de semana), mientras que en 1875 había 15. En 1868 los indígenas apenas era propietarios de viviendas propias y ocupadas por ellos, mientras que en 1875 poseían y ocupaban 1.042 casas. El informe concluía que en 1875 estos indígenas, que cultivaban 14.409 acres de tierra, obtuvieron 8 t de maíz, 712.000 kg de trigo y 739.000 kg de patatas, y recogieron 4.996 t de heno, y su ganado había aumentado de 640 cabezas, en 1868, a 6.580, en 1875.¹⁰⁶

Un artículo sobre la política indígena de la Asociación de Misioneros Americanos de 1872 expresaba que «con los edificios erigidos y las granjas en funcionamiento, un alumno puede mantenerse en la escuela por 75 dólares al año. Setenta y cinco mil dólares al año, durante quince años, proveerá por la civilización de los indios, y eximirá al Gobierno de apoyarles en el futuro».¹⁰⁷ En un artículo de

105. SLATTERY, Charles L. *Felix Reville Brunot 1820-1898: A civilian in the War for the Union*. Londres/Bombay: Longmans, Green & Co., 1901, págs. 229-236.

106. *Idem*.

107. *The twenty-fifth annual report of the American Missionary Association*. Nueva York: American Missionary Association, 1872, pág. 66.

1885, el reverendo Whitmer expresaba que «para matar a un solo indio en el campo de batalla el gobierno ha invertido un millón de dólares anuales; la iglesia puede salvarlo por mil dólares al año»;¹⁰⁸ en consecuencia, «¿por qué invertir tanto en la guerra y tan poco en la paz? ¿No ahorraría el gobierno millones de dólares si los indios recibieran un nuevo trato en lugar de balas?».¹⁰⁹ Al amparo de la nueva estrategia de paz y con la activa participación de misioneros cristianos, la Administración redujo a medio millón de dólares al año las inversiones en Asuntos Indios. Esto suponía un ahorro anual del 98%.

En vista de los resultados, los comisarios para Asuntos Indios y los diversos secretarios de Estado comenzaron a mostrar mayor interés por esta vía a partir de la década de los ochenta. Como expresó Alice C. Fletcher, «que el agradecimiento de un público ilustrado se haga llegar cordialmente al presidente [Benjamin] Harrison, que [en 1892] ha hecho navegar el proyecto de escuelas indias desde el tempestuoso mar de la política al tranquilo remanso de paz de la administración pública».¹¹⁰ La cuestión ahora era qué tipo de paz y qué tipo de educación había que diseñar para los nativos americanos.

Por lo general, los misioneros no eran partidarios del sistema de reservas tal como el Gobierno lo había ideado. Así lo expresó el capitán Richard C. Pratt:

Es un día triste para los indios cuando caen ante los asaltos de nuestras tropas, como en la masacre de Piegan, la matanza del jefe Old Black Kettle y sus Cheyennes en lo que se denomina «la batalla del Washita», y cientos de otros en lugares de la historia de nuestras relaciones con ellos; pero es mucho más triste para ellos el día en que caen bajo la influencia perniciosa de un tratado con los Estados Unidos en virtud del cual percibirán grandes rentas, y protección dentro de las reservas, mientras se les mantiene al margen de toda asociación con lo mejor de nuestra civilización. La destrucción no es tan rápida,

108. *The Gospel in All Lands...*, op. cit., 1885, vol. 11, págs. 305-307.

109. *Idem*.

110. Barrows (ed.). *Proceedings...*, op. cit., vol. 19, pág. 65.

pero es mucho más general. La historia de los Osages y los Miamis es sólo la verdadera imagen de todas las demás tribus.¹¹¹

La mayor parte de los misioneros cristianos tampoco eran partidarios de un sistema de escuelas públicas para los nativos americanos, ya que, consideraban, un sistema de educación pública especial para la población indígena era un sistema tribal dentro del cual se promovía «el orgullo tribal, los objetivos tribales, y las demandas tribales ante el gobierno».¹¹² Desde este punto de vista, se defendía desde las diversas organizaciones misioneras que el sistema de escuelas tribales no aportaba a los miembros de los diversos pueblos indígenas ninguna experiencia que condujera a aspiraciones más allá de la tribu, sino que los dejaba en una condición de crónica impotencia, en la medida en que no adquirirían las herramientas y la capacidad necesarias como para competir con los ciudadanos de raz blancos. «Es como tratar que un hombre se cure diciéndole que está enfermo», aseguraba Pratt.¹¹³ Por otro lado, los indígenas educados en un sistema indígena, defendía Pratt, no dejaban de ser indígenas y, aun en el caso de aprender un oficio, no abandonaban necesariamente su esencia indígena, y eso evitaba que se convirtieran en personas capaces de desarrollar sus vidas en la sociedad occidental. De acuerdo con Pratt, «las cinco tribus civilizadas del territorio indio, los Cherokees, Choctaws, Chickasaws, Creeks y Seminolas, han tenido escuelas tribales hasta que se confirmó que habían sido civilizados; sin embargo, no tienen voluntad de unirse a nosotros y formar parte de los Estados Unidos».¹¹⁴

Por tanto, el objetivo de la política de paz debía ser doble: de un lado, debía educar y aportar conocimientos y, de otro, debía forjar voluntades y una identidad colectiva común a la del resto de la nación.

No vamos a tener éxito en americanizar al indio a menos que lo tratemos exactamente de la misma manera [que a nuestros alumnos] [...]. En las escuelas indias se dice a los indios: «Vosotros sois indios, y de-

111. *Ibidem*, pág. 49.

112. *Ibidem*, pág. 53.

113. *Idem*.

114. *Idem*.

béis seguir siendo indios; no sois parte de la nación, y no podéis llegar a serlo. No queremos que os convirtáis en parte de la nación...». Antes de pasar a otro punto, quiero poner ante Uds. los hechos tal como he llegado a verlos, acerca de otra influencia que ha cobrado crédito, y siempre ha sido y sigue siendo muy influyente en los asuntos indígenas; y es la figura del misionero como una influencia «ciudadanizante» sobre los indios. El misionero va al territorio indio; aprende el idioma; se asocia con él; hace que los indios sientan que es amable, y tiene un gran deseo de ayudar; incluso enseña inglés al indio. Pero los frutos de su trabajo, basado en todos los ejemplos que conozco, ha[n] reforzado en ellos la idea y los han animado a permanecer separados y aparte del resto de nosotros.¹¹⁵

En opinión de Pratt, el sistema de escolarización del Gobierno federal no solo debía dotar al alumno de los conocimientos que aportaban los libros, sino que también le debía enseñar un oficio, a fin de que fuera capaz de trabajar por sí mismo y competir con cualquier otro ciudadano. A este concepto se le dio el nombre de «educación industrial».¹¹⁶ En 1875, un grupo de 72 guerreros procedentes de diversas naciones indígenas fueron enviados a la prisión de Fort Marion, en San Agustín, Florida. Tras cierto tiempo, uno de sus supervisores, el capitán Richard H. Pratt, se interesó por enseñarles inglés y nociones de cultura occidental. Tras haber cumplido sus condenas, algunos de ellos se inscribieron en el Instituto Hampton de Virginia para completar su educación. Entre los prisioneros bajo su custodia en Fort Marion entre 1875 y 1878, se encontraba Howling Wolf (Lobo Aullador). Años después de haber abandonado la prisión y de haber vivido en Boston durante algún tiempo, Pratt tuvo la oportunidad de volver a verlo y escribió que «su presencia había mejorado enormemente y, además, habían asimilado una gran cantidad de cualidades de la sociedad de Boston en lo tocante a su forma de vestir, modos y conducta».¹¹⁷ Un viejo jefe cheyene llamado Minimic «aprendió a imitar, hasta donde pudo, la forma de vestir de los caballeros de su

115. *Ibidem*, pág. 54.

116. Whitmer. «Missions to the Indians», *op. cit.*, vol. 9, pág. 306.

117. Barrows (ed.). *Proceedings...*, *op. cit.*, vol. 19, pág. 46.

alrededor; y sus formas mejoraron maravillosamente y se hicieron más civilizadas». ¹¹⁸

Estas experiencias decidieron a Pratt a crear en 1879 el instituto para la educación de la población indígena de Carlisle en el condado de Cumberland, Pensilvania, bajo el nombre de The United States Indian Industrial School. Esta escuela, ubicada fuera de las reservas y en régimen de internado, tenía como objetivo educar y «civilizar». Así, en 1879:

[...] [se presentaron los primeros] ochenta y cuatro niños y niñas frescos de sus tribus, salvajes, con mantillas, mocasines, con el pelo largo y sucios. A su llegada recibieron, en primer lugar, agua, jabón, tijeras y ropa decente. Hoy en día [1885] hay cerca de 500, de todas las edades, provenientes de las dieciocho tribus, un tercio de ellos niñas, bien instalados en el antiguo cuartel militar a las afueras de la ciudad. Los atienden diez maestros y diez instructores mecánicos o capataces. ¿Qué hacen estos indios? La mitad del tiempo lo dedican al estudio y la otra mitad del tiempo trabajan. Unos 100 de ellos están aprendiendo oficios, la fabricación de zapatos, arneses, piezas de hojalata, vagones y ropa. En 1882 ganaron 5.800 dólares. ¹¹⁹

En palabras de Pratt: «todo esto está destinado no sólo a enseñar a los niños indios cómo viven las personas de raza blanca, sino también para enseñar a las personas de raza blanca que los indios tienen alma». ¹²⁰ Según Pratt:

[...] es un gran error pensar que el indio nace inevitablemente salvaje. Nace en blanco, al igual que el resto de nosotros. Si crece entre salvajes, crecerá en la superstición y poseerá un idioma y una vida salvajes. Si lo dejamos crecer en un ambiente civilizado, progresará hasta poseer un lenguaje civilizado, una vida y un propósito. Si transferimos un niño blanco a un entorno salvaje, crecerá en la superstición y poseerá un idioma y hábitos salvajes. Si transferimos un niño de origen

118. *Idem.*

119. Whitmer. «Missions to the Indians», *op. cit.*, vol. 9, pág. 307.

120. *Idem.*

salvaje a un ambiente civilizado, crecerá hasta poseer un lenguaje y hábitos civilizados.¹²¹

Y concluía:

[...] un gran general ha dicho que el único indio bueno es el indio muerto, y que la legitimación de su destrucción ha sido un factor decisivo en la ejecución de masacres indias. En cierto sentido estoy acuerdo con ello, pero sólo en este punto: que todo lo que hay de indio [en una persona] debería estar muerto. Maten al indio que hay en él y salven al hombre.¹²²

Uno de los principios de la escuela de Carlisle era extraer a los menores «de las malas influencias de sus hogares», por lo cual la institución funcionaba en forma de internado, donde podían ser «moldados en gran medida por el contacto con los blancos».¹²³ La separación de los menores en edad escolar de sus familias permitía una más profunda «reeducación» de los mismos, la cual tenía que darse al poner en contacto a estos alumnos con la sociedad dominante, a fin de que aquellos absorbieran los valores de esta y esta aceptara a los futuros ciudadanos, una vez convertidos y redimidos. En opinión de sus impulsores, este era un sistema más humano de tratar el «problema indio», notablemente más económico y significativamente más efectivo, que la guerra.

Se separó a estos menores de sus familias, se les dio nuevos nombres, se les impidió hablar su lengua, se les obligó a cortarse el pelo, vestir y comer al uso de Occidente, así como a practicar los deportes propios de la cultura dominante, y se les conminó a adaptarse a otros patrones de comportamiento. En cuanto a las materias, se impuso el inglés como lengua vehicular de enseñanza y los niños fueron forzados a estudiar la historia y la religión de un pueblo que no era el suyo. Según Pratt: «El lado religioso de la cuestión también es interesante y alentador. Todos asisten a misa los domingos, las niñas a la capilla,

121. Barrows (ed.), *Proceedings...*, *op. cit.*, vol. 19, pág. 56.

122. *Ibidem*, pág. 46.

123. Whitmer. «Missions to the Indians», *op. cit.*, vol. 9, pág. 307.

y los chicos a diferentes iglesias de la ciudad. En 1881 quince de los niños fueron recibidos como miembros de pleno derecho en la Iglesia Presbiteriana de Carlisle». ¹²⁴ «Bajo esta formación van poco a poco viendo [los indios] la gran y hermosa diferencia entre su viejo y [su] nuevo estado de vida». ¹²⁵



Imagen icónica de una campaña de genocidio. Bajo el lema de «esforcémonos por educar al indio que habita dentro de él, y salvemos al hombre», la fotografía muestra a Tom Torlino, ciudadano navajo, antes y después de haber sido internado en una escuela para la reeducación de la población indígena. Ca. 1882.

El éxito de esta «política de reeducación» fue tal que Carlisle se convirtió en un prototipo de las instituciones para la educación de la población indígena del conjunto del país.

No obstante, los resultados en 1879 eran todavía muy tímidos, porque la cultura indígena no había sido eliminada en su totalidad y porque no es sencillo destruir la identidad colectiva de todo un

124. *Idem.*

125. *Idem.*

pueblo, o de varias naciones. Prat aseguraba en 1885 que «es un hecho gratificante que el trabajo de cristianización y civilización de este pueblo está progresando. Cerca de 100.000 de los 320.000 indios de este continente han sido civilizados, mientras que muchos de ellos son cristianos. No obstante, hay otros 200.000 que todavía son paganos y salvajes». ¹²⁶ Por lo que respecta a la obra realizada entre los dakota, el reverendo John P. Williamson aseguraba que:

[...] se han llevado a cabo grandes avances en relación con el paganismo de los indios desde entonces. La danza de la medicina ha sido totalmente eliminada. La danza del sol, otra gran fiesta de los dioses, ha sido prohibida por el gobierno, y es dudoso que se celebre ninguna otra celebración durante el próximo año. La guerra, así como o la obtención de fuego con dos palos o la fabricación de objetos de cerámica son algunas de las muchas artes perdidas. Pero, en medio de esta decadencia de la antigua forma de vida[,] hay en general un giro posterior de los indios en busca de una nueva forma de vivir. En todas partes hay una puerta abierta para la civilización y [el] cristianismo. ¹²⁷

Entre los límites a la «civilización» de los diversos pueblos indígenas, el reverendo J. J. Reid, de la Misión de Chickasaw, en Oklahoma, mencionaba que, salvo algunas excepciones, la piedad entre la población indígena era necesariamente baja, debido fundamentalmente a que eran miembros de la primera o segunda generación «apartada del paganismo», por lo que sus relaciones con padres o abuelos seguía ejerciendo en ellos una influencia notable. Además, carecían de literatura religiosa y muchos de los pueblos no contaban con una traducción de la Biblia o, en algunos casos, tan solo tenían una parte de la misma traducida a su propia lengua. Pero aun en el caso de que tuvieran acceso a dichas traducciones, muchos de ellos no sabían leer o bien, «dado que no son gente dada a la lectura», aquellos que podían leer no lo hacían con la diligencia que sus mentores deseaban. En

126. «Missions of the Churches and Societies. Baptist Missions». *The Gospel in All Lands...*, *op. cit.*, 1885, vol. 9, pág. 308.

127. «Missions of the Churches and Societies. Presbyterian Church, North». *The Gospel in All Lands...*, *op. cit.*, 1885, vol. 9, pág. 309.

conclusión, su conversión religiosa dependía casi por completo de los sermones de un predicador que no podía acudir a las escuelas más de una vez al mes y, con frecuencia, una vez cada dos o tres meses.¹²⁸ Por último, en ciertos casos, algunos de estos predicadores y misioneros no defendían, no consideraban necesario o no «colaboraban de corazón con la desintegración de las tribus y la concesión a los indios de derechos individuales y oportunidades [para desarrollar su vida] entre personas civilizadas».¹²⁹

En líneas generales, Pratt llegó a la conclusión de que desintegrar la identidad colectiva de un pueblo e imponer otra en su lugar era una operación lenta:

Asimilarlos... la escuela de Carlisle es un intento por parte del gobierno para lograr esto. Carlisle siempre ha inculcado la traición a la tribu y la lealtad a la nación en general. Se ha predicado contra la colonización de los indios y está en favor de la individualización de los mismos. Ha exigido para ellos la misma variedad de posibilidades que todos los otros individuos en el país disfrutaban. Carlisle impregna a los jóvenes indios con el espíritu de lealtad a las barras y las estrellas.¹³⁰

Y sin embargo, a pesar de que las primeras escuelas industriales se crearon a partir de 1879, el Congreso no otorgó la ciudadanía a los nativos americanos que aún no la habían adquirido hasta 1924.

Genocidio no es, como se repite comúnmente, el asesinato o la matanza de un gran número de personas pertenecientes a una determinada etnia. La definición de genocidio no se circunscribe a la destrucción material e inmediata de todos o una parte más o menos amplia de los individuos que conforman una nación.¹³¹ Genocidio es la desmembración de una nación, la desintegración de su identidad colectiva «hasta que pierda incluso su propio nombre».¹³² Así ocurrió

128. «Missions of the Churches and Societies. Southern Presbyterian». *The Gospel in All Lands...*, *op. cit.*, 1885, vol. 9, pág. 309.

129. Barrows (ed.). *Proceedings...*, *op. cit.*, vol. 19, pág. 55.

130. *Ibidem*, pág. 57.

131. Lemkin. *Axis rule in occupied Europe...*, *op. cit.*, pág. 79.

132. Discurso de Bertrand de Barère ante la Asamblea Nacional de París. *Réimpression de l'ancien Moniteur*. Paris: Typographie de Henri Plon, 1860, vol. 17, págs. 338-341.

en Carlisle. Después de pasar por la escuela industrial, muchos de los antiguos alumnos se convirtieron en extraños tanto en entornos blancos como en los indígenas, porque eran demasiado nativos para ser aceptados en las comunidades blancas, pero también demasiado blancos para encajar en sus comunidades de origen.

La política de paz de la Administración norteamericana se basaba en el principio de que el Gobierno tenía el deber y, por tanto, el derecho de civilizar a los nativos inculcando en ellos unos principios culturales que nadie dudaba que eran superiores a los suyos. Despojando a los miembros de estos pueblos de sus derechos más elementales, tales como el derecho a la libertad y a la igualdad, la libertad de residencia, credo y expresión, y el derecho a la propiedad y otros muchos, y reteniendo a sus hijos para educarlos en las formas de vida occidental, se procuraba destruir la cultura y el modo de vida nativo e imprimir en estos pueblos la identidad del grupo dominante. Todo esto se hizo por su bien, por el bien de la civilización humana y por voluntad de Dios.

Esta política de reeducación de los nativos americanos no es, por tanto, un proceso de asimilación «posterior» a la campaña de genocidio, sino que constituye la práctica y el objeto de la campaña de genocidio en sí misma: Genocidio es, constitutivamente, asimilación mediante la imposición del patrón cultural de un pueblo sobre otro hasta hacer desaparecer total o parcialmente su identidad colectiva. Genocidio es, en una línea, la idea de Pratt encapsulada «en el viejo adagio: No hay mejor indio que el indio muerto. Por tanto, esforcémonos en matar al indio dentro de él a través de la educación y en salvar al hombre».¹³³

Bibliografía

ALLEN, Michael T. *The business of genocide: The SS, Slave Labor, and the concentration camps*. Chapel Hill: University of North Carolina Press, 2005, 392 págs.

133. «We accept the watch-word. There is no good Indian but a dead Indian. Let us by education and patient effort kill the Indian in him, and save the man». *Seventeenth Annual Report of the Board of Indian Commissioners to the Secretary of the Interior*. Washington D.C.: Government Printing Office, 1886, pág. 25.

- BABEUF, Gracchus. *Du système de dépopulation, ou La vie et les crimes de Carrier, son procès et celui du Comité révolutionnaire de Nantes*. París: Imprimerie de Franklin, 1794, 192 págs.
- BALL, Howard. *Prosecuting war crimes and genocide: The twentieth-century experience*. Lawrence: University Press of Kansas, 1999, 304 págs.
- BARROWS, Isabel B. (ed.). *Proceedings of the National Conference of Charities and Correction, at the Nineteenth Annual Session Held in Denver, Colorado, June 23-29, 1892*. Boston: Press of Geo. H. Ellis, 1892, 493 págs.
- BOLTON, Horace W. *Personal reminiscences of the Late War*. Chicago: H. W. Bolton, 1892, 236 págs.
- BRIAN YOUNG, Brian. «Why I won't wear war paint and feathers in a movie again», Zocalo Public Square, Arizona State University Knowledge Enterprise, June 11, 2015.
- BROWN, Dee A. *Bury my heart at Wounded Knee: An Indian History of the American West*. Nueva York: Sterling, 2009, 544 págs.
- CHARNY, Israel W. *Toward the understanding and prevention of genocide*. Londres / Nueva York: Routledge, 2020, 416 págs.
- Condition of the Indian Tribes: Report of the Joint Special Committee appointed under Joint Resolution of March 3, 1865, with an Appendix*. Washington D.C.: Government Printing Office, 1867, 532 págs.
- Congressional record: Proceedings and debates of the Forty-Four Congress, First Session and Special Session of the Senate*. Washington D.C.: U.S. Government Printing Office, 1876, vol. 4.
- COPELAND, David A. (ed.) *The Greenwood Library of American War Reporting: The Indian wars & the Spanish-American War reporting*. Westport: Greenwood Press, 2005, 656 págs.
- DOBKOWSKI, Michael N.; WALLIMANN, Isidor. *Genocide in our time: An annotated bibliography with analytical introductions*. Ann Arbor: Pierian Press, 1992, 183 págs.
- Eight Annual Report of the Board of Indian Commissioners to the Secretary of the Interior for the year 1876*. Washington D.C.: U.S. Government Printing Office, 1877.
- FELLMAN, Michael. *Citizen Sherman: A life of William Tecumseh Sherman*. Nueva York: Random House, 1995, 496 págs.

- FELLMAN, Michael (ed.). *Memoirs of general W. T. Sherman*. Nueva York: Penguin, 2000, 880 págs.
- GORDON, Thomas F. (ed.). *A digest of the laws of the United States: including the treaties with foreign powers, and an abstract of the judicial decisions relating to the constitutional and statutory law*. Filadelfia: I. Ashmead & Co., 1844, versión online.
- GRANDE, Sandy. *Red pedagogy: Native American social and political thought*. Lanham: Rowman & Littlefield Publishers, 2004, 346 págs.
- JACOBS, Steven L. (ed.). *Lemkin on genocide*. Plymouth: Lexington Books, 2014, 430 págs.
- JEFFERSON, Thomas. *Notes on the State of Virginia*. Londres: John Stockdale, 1787. Reedición Palala Press, 2015, 296 págs.
- JOHNSON, Willis F. *The Red Record of the Sioux: Life of Sitting Bull and History of the Indian War of 1890-91*. Filadelfia: Edgewood Publishing Company, 1891. Reedición Forgotten Books, 2015, 594 págs.
- KEIM, De Bonneville Randolph. *Sheridan's troopers on the borders: a winter campaign on the plains*. Filadelfia: Claxton, Remsen & Haffelfinger, 1870. Reedición Digital Scanning Inc, 308 págs.
- LEMKIN, Raphael. *Axis rule in occupied Europe: Laws of occupation, analysis of government, proposals for redress*. Washington D.C.: Carnegie Endowment for International Peace, 1944. Reedición The Lawbook Exchange, 2008, 736 págs.
- MARSHALL, Samuel L. A. *Crimsoned prairie: the wars between the United States and the Plains Indians during the winning of the West*. Nueva York: Scribner, 1972, 256 págs.
- MCKEAN, Warwick A. *Equality and discrimination under international law*. Oxford: Clarendon Press, 1983, 333 págs.
- MICHNO, Gregory F. *Encyclopedia of Indian Wars: Western Battles and Skirmishes, 1850-1890*. Missoula: Mountain Press, 2003.
- Opinion of the Supreme Court of the United States at January term, 1832, delivered by Mr. Chief Justice Marshall in the case of Samuel A. Worcester, plaintiff in error, versus the State of Georgia*. Washington D.C.: United States. Courts of Justice. Supreme Court, Gales & Seaton, 1832, versión online.

- Report of the Commissioner of Indian Affairs made to the Secretary of the Interior for the year 1869*. Washington D.C.: Government Printing Office, 1870.
- Reports of the Committee of the Senate of the U.S. for the Second Session, Thirty-Ninth Congress. 1866-67. United States Congressional Serial Set, vol. 1279*. Washington D.C.: U.S. Government Printing Office, 1867.
- ROVETTA KLYVER, Fernando. *El descubrimiento de los derechos humanos*. Madrid: IEPALA, 2009, 495 págs.
- SHERIDAN, Philip H. *Personal memoirs of P.H. Sheridan, general, United States Army*. Nueva York: Charles L. Webster & Co., 1888, 2 vols.
- SKLENAR, Larry. *To hell with honor: Custer and the Little Bighorn*. Norman: University of Oklahoma Press, 2000, 395 págs.
- SLATTERY, Charles L. *Felix Reville Brunot 1820-1898: A civilian in the War for the Union*. Londres/Bombay: Longmans, Green & Co., 1901, version online.
- SMEULERS, Alette; WEERDESTEIJN, Maartje; HOLÁ, Barbora. *Perpetrators of international crimes: Theories, methods, and evidence*. Oxford: Oxford University Press, 2019, 416 págs.
- SMITH CLARE, Israel. *History of American Wars*. Nueva York / Chicago: Union Book Company, 1899.
- The twenty-fifth annual report of the American Missionary Association*. Nueva York: American Missionary Association, 1872.
- WHITMER, Adam C. «Missions to the Indians». *The Gospel in All Lands. An Illustrated Monthly Missionary Journal*, Missionary Society of the Methodist Episcopal Church, [s.l.], 1885.
- WILKINS, David E.; STARK, Heidi K. *American Indian politics and the American political system*. Nueva York: Rowman & Littlefield, 2018, 309 págs.